

## ENTRE LUZ Y SOMBRA

María Teresa Chávez Cabrera

Mi vida fue como una mariposa que emprendió el vuelo y al final murió con las alas rotas.

TERESA CHÁVEZ

El tiempo pasa y, mientras más pasa, encuentro que lo más importante en la vida es la libertad, una palabra corta, pero muy importante en su significado. Detrás de estos muros grises y fríos, escribo mi autobiografía. Desde lo más profundo de mi ser, la tinta es mi propia sangre diluida con cada lágrima que he derramado, y cada daga clavada en mi corazón es la pluma con que escribo.

La distancia enorme que deja una huella imborrable en mi vida; el rompimiento de los lazos familiares y con la sociedad, con el mundo; el estigma que queda para siempre, seas o no culpable; los momentos más felices que he perdido por la separación de mi familia, mis hijos, mi madre, mis hermanos, que son invaluable, momentos que nunca podré recuperar; la muerte de mis seres queridos, las noches llenas de dolor, ese profundo dolor que no puedo gritar, sino ahogarme en él abrazando y mordiendo la almohada por las noches, la soledad, el desamor, los deseos reprimidos, el abandono, la misma muerte en vida.

Muchas veces me he preguntado qué más me depara el destino, cuántas sorpresas quedarán por conocer después de quince años

de no estar en libertad. Una frase dice que los problemas son retos que la vida nos pone y que hay que vencerlos, esto me abre una vez más el reto a mí misma.

Cuando se escribe desde la cárcel, se piensa que el texto es como nota roja del día: homicidios, secuestros, violaciones, robos, y que la palabra “delincuente” debe ser aplicada a toda persona que llega a un lugar como éste, pero no es así. No toda la vida se cometieron errores, pero cuando llega esto hay que afrontar otra realidad y tratar de vivir.

Esta historia está llena de cosas buenas, algunas no tanto, pero lo más importante es dar a conocer que la palabra “cárcel” no es la suciedad que muchos medios de comunicación le atribuyen para la obtención de dividendos o, políticamente hablando, la que utiliza el gobierno como trampolín político. No, señores, adentro hay un modo de vida que mucha gente desconoce y que podría servir de ejemplo; hay educación, capacitación, universidad y cultura que nuestros diputados y senadores podrían aprovechar para mejorar el nivel de vida de nuestra población penitenciaria y así tener gente positiva y no nociva para nuestra sociedad.

La cárcel me ha abierto las puertas a una libertad interna que eleva mi autoestima, y a otra externa que me ha permitido traspasar estas rejas y paredes que me impiden la visión del mundo exterior. He descubierto nuevas habilidades y aptitudes que no tenía antes de llegar aquí.

La calidad de los grupos de asistencia y la gente que realiza labor altruista rebasa la ignorancia de los funcionarios que nos resguardan, mismos que en su mayoría son prepotentes, corruptos, ególatras, viciosos y más delincuentes que la población interna a la que pertenezco. No saben valorar al ser humano, militan en partidos políticos que echan a perder los valores que pudieran existir en algunos funcionarios del sistema anterior.

Me atrevo a escribir mi autobiografía porque quiero dejar testimonio de mi vida y mis actos, mis logros y fracasos como mujer,

como mexicana con sueños y anhelos, como luchadora inagotable por alcanzar un lugar en el corazón de los que leen estas líneas, de mis hijos, hermanos, madre, de la gente que cree en mí.

Dedico este trabajo:

A los que considero mis amigos y que me ayudaron en todo momento con una acción o una palabra de aliento; a Dios, que siempre ha estado iluminando mi vida; a mi arcángel Gabriel, que ha sido mi fiel compañero y me ha dado la fuerza para luchar contra todo mal; y a ti, querido lector, por destinar un espacio a leer estas líneas.

Lo dedico también a Angélica Flores Becerra, mi única y verdadera amiga, a quien quiero por enjugar mis lágrimas, por darme ese amor y esa fuerza que sólo dos almas gemelas se pueden dar. A ti, Angie, con todo mi amor, mi ángel.

A mis hijos: Armando, Maribel, Jorge Alfredo, Érika, Camilo Carlos, Mónica, Luis Felipe, Aidé, Ivonne, José Antonio.

Mis hermanos: Jorge, Alma, Carlos, Ana María, Rosa Elena Gloria, Mario, Arturo, María de Lourdes.

A mi padre Felipe, un gran hombre. A mi madre María. Ellos son el pilar de mi existencia, gracias por aceptarme como soy.

A mis directoras: Lilia Pacheco, Rosa María Cardoso, Lilia Rincón, Martha Hipólito, Ana Imelda Campuzano, Lilia García Zumaya, Marcela Briseño, Esmeralda Vázquez Osorno, Margarita Malo González, Carmen Serafín, Martha Robles.

A mis amigos y amigas: Homero Mereles, José Luis Castro González, Luis Manuel Serrano Díaz, Jesús Jiménez Martínez, Cassio Fontanot, Milton Zayas, Emiliano Pérez Cruz, Agustín Félix, Rosa Maricruz Pineda Ramos, Leticia García Márquez, Guadalupe Peña, Josefina Estrada, Martha Reyes, Angélica Flores Becerra, Beatriz de la Vega, Rita Jaime, Diana Martínez Alfaro, Adela Arzate, Guadalupe Vázquez Mota, María Toika Bascok, Magali Morales, Bruno Bichir, Itari Marta, Arturo Morel, Mercedes Ortega Vega,

Martha Susana Beteta, Valeria Cussi y R.P. fray Francisco Javier Guzmán Carreño, quienes me dieron su apoyo, conocimiento y comprensión durante mi reclusión y para los que pido a Dios un cúmulo de bendiciones que se extiendan a sus familias por ser portadoras de fe y esperanza para todos los internos(as) de los centros de readaptación social, mi agradecimiento eterno.

METAMORFOSIS  
MADRIGAL ROMÁNTICO

Era un cautivo beso enamorado  
de una mano de nieve que tenía  
la apariencia de un lirio desmayado  
y el palpitar de un ave en agonía.  
Y sucedió que un día,  
aquella mano suave  
de palidez de cirio,  
de languidez de lirio,  
de palpitar de ave,  
se acercó tanto a la prisión del beso,  
que ya no pudo más el pobre preso  
y se escapó; mas, con voluble giro,  
huyó la mano hasta el confín lejano,  
y el beso, que volaba tras la mano,  
rompiendo el aire, se volvió suspiro.

Luis G. Urbina

SÁTIRA FILOSÓFICA

Hombres necios que acusáis  
a la mujer sin razón,  
sin ver que sois la ocasión  
de lo mismo que culpáis:

si con ansia sin igual  
solicitáis su desdén,  
¿por qué queréis que obren bien  
si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia  
y luego, con gravedad,  
decís que fue liviandad  
lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo  
de vuestro parecer loco,  
al niño que pone el coco  
y luego le tiene miedo.

Queréis, con presunción necia,  
hallar a la que buscáis,  
para pretendida, Thais,  
y en la posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro  
que el que, falto de consejo,  
él mismo empaña el espejo,  
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén  
tenéis condición igual,  
quejándoos, si os tratan mal,  
burlándoos, si os quieren bien.

Opinión, ninguna gana;  
pues la que más se recata,  
si no os admite, es ingrata,  
y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andáis  
que, con desigual nivel,  
a una culpáis por crüel  
y a otra por fácil culpáis.

¿Pues cómo ha de estar templada  
la que vuestro amor pretende,  
si la que es ingrata, ofende,  
y la que es fácil, enfada?

Más, entre el enfado y pena  
que vuestro gusto refiere,  
bien haya la que no os quiere  
y quejaos en hora buena.

Dan vuestras amantes penas  
a sus libertades alas,  
y después de hacerlas malas  
las queréis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido  
en una pasión errada:  
la que cae de rogada,  
o el que ruega de caído?

¿O cuál es más de culpar,  
aunque cualquiera mal haga:  
la que peca por la paga,  
o el que paga por pecar?

Pues ¿para qué os espantáis  
de la culpa que tenéis?  
Queredlas cual las hacéis  
o hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar,  
y después, con más razón,  
acusaréis la afición  
de la que os fuere a rogar.

Bien con muchas armas fundo  
que lidia vuestra arrogancia,  
pues en promesa e instancia  
juntáis diablo, carne y mundo.

Sor Juana Inés de la Cruz  
(1651-1695)

## 1. Grandes amores

De algunas de mis relaciones ya he hablado en otros escritos que han sido publicados por DEMAC.

En 1968 conocí a Rolando.

“La sombra de una mujer” en Literatura carcelaria

En 1982 conocí a Tony.

“La sombra de una mujer” en Literatura carcelaria

En 1963 conocí a Arturo.

“Polichinela” en Fragmentos de dignidad

En 1964 conocí a Jorge Hernández.

“Polichinela” en Fragmentos de dignidad

En 1966 conocí a Ángel.

“Polichinela” en Fragmentos de dignidad

## DEFINICIONES

Amor, dijo la rosa, es un perfume.  
Amor, es un murmullo, dijo el agua.

Amor, es un suspiro, dijo el céfiro.  
 Amor, dijo la luz, es una llama.  
 ¡Oh, cuánto habéis mentido!  
 Amor es una lágrima.

Josefa Murillo

No es fácil olvidar un pasado, siempre quedan huellas clavadas en el corazón, y el peor de todos mis errores es que quienes pagan los platos rotos siempre son mis hijos, esas pequeñas criaturas inocentes. Por mi parte, ellos han estado en total abandono, aunque cariño no les ha faltado, ya que mis padres han cuidado de ellos, y también mi abuela materna, quien fue su nana. El pasado siempre va a quedar latente; no le echo la culpa a mi inmadurez ni a la ignorancia, cada uno de nosotros tenemos un presente, pasado y futuro ya designado, únicamente vamos tratando de cumplirlo al pie de la letra.

Pero todavía no termina esta historia, únicamente le di la vuelta a la hoja, aquí empecé la segunda etapa de mi vida, quizá la más difícil, pero la que cambió totalmente mi rumbo y el de mi familia.

## 2. Mariposa de alas rotas

Corría el año de 1984 cuando cambié de trabajo y me desempeñé nuevamente en el ramo automovilístico. Estuve trabajando en agencias de varias marcas de automóviles y al mismo tiempo daba asesoría a un líder de transportes (taxis), el más famoso en el Distrito Federal: Juan Hernández Sánchez, incluso así se llamaba su asociación, que tenía cerca de cinco mil agremiados.

Un buen rato me dediqué a la asesoría de este peculiar líder. Le tenía admiración porque lo miraba y no daba crédito a toda la gente que lo seguía, desde taxistas, periodistas, gente del gobierno. Lo

peor del caso es que era un personaje sin chiste, bajo, muy bajo de estatura, medio regordete, moreno oscuro, cabello lacio, sus facciones eran de totonaca, parco para hablar, de labios muy gruesos, libidinoso, mujeriego, tramposo; creo que faltan muchos adjetivos para describirlo.

Cuando decidí apoyarlo, también se me aventó al ruedo. Con el tiempo fui conociendo a mucha gente del transporte, ya que siempre lo acompañaba tomada de su brazo. La gente ha de haber pensado que era su nueva conquista. Conocí al director de la Dirección General de Autotransporte Urbano (DGAU), el licenciado Martín del Castillo Toledo. Era emocionante apoyarlo; sin darme cuenta, iba ganando terreno en ese ramo. Después sería su representante ante las autoridades gubernamentales, así que empecé a adherirme a los paros de taxistas en el Zócalo; era cuando se peleaba por que no quitaran los modelos 72 de circulación y había once mil juegos de placas canceladas.

Un día encabecé la primera manifestación y paro de taxistas. Cerramos calles y avenidas, invadimos el edificio de la Dirección de Autotransporte Urbano sin medir consecuencias, y así sucesivamente; no había quien me parara. Además, también trabajaba como vendedora de automóviles nuevos con horario libre. En la agrupación de taxis, las marchas y paros seguían aumentando, y le había robado popularidad a don Juan Hernández. Ahora era yo la que tenía más fuerza y conocimiento.

Ya había desplegados en los periódicos que iban dirigidos al entonces presidente, el licenciado Miguel de la Madrid, al regente del Departamento del Distrito Federal, el licenciado Ramón Aguirre, y al entonces director de la Dirección General de Autotransporte Urbano del Distrito Federal, el licenciado Armando López Santibáñez, a quienes se les pedía plazo para el cambio de taxis modelo 1972, ya que no había créditos para taxistas. Así que un buen día llevé a cabo un plantón en el Zócalo con más de quinientos taxis, arriesgando hasta mi propia vida, ya que el Departamento

del Distrito Federal pedía refuerzos a la policía y granaderos para desalojarnos.

No me importaba, porque era mi lucha para conseguir lo que quería. Había olvidado todos los miedos y había nacido en mí una fuerza que no podía controlar. No me percataba de que dejaba atrás a la Teresa fracasada en el amor; ni me acordaba de todos esos tropiezos, ahora tenía por delante la lucha por una causa y por la gente que lo necesitaba.

Todo esto había despertado la envidia de algunos líderes de taxis y rutas, quienes me atacaban verbalmente con injurias, pero no hice caso, ya que tenía el respaldo de cientos de taxistas. La lucha fue poco a poco revelando necesidades, como, por ejemplo, la falta de créditos. Los bancos no daban préstamos por desconfianza a los taxistas, así que comencé a visitar Arrendadora Banobras y Banco Banobras para plantear la primera compra de quinientos taxis, para lo que requería de su apoyo financiero.

Por otro lado, también en las agencias de automóviles se había propuesto una línea de crédito, aunque ya existía Afasa, un sistema de adquisición de automóviles Volkswagen a largo plazo. La oferta de compra era interesante y Nissan formuló el famoso Plan Taxi, que fue un sistema muy parecido al de la otra marca.

Decidí considerar otras opciones para buscar créditos y un buen día me atreví a proponer un proyecto a Arrendadora Banobras. Me presentaron con los directivos de dicho lugar, pero me negaron rotundamente los créditos para los taxistas.

No me di por vencida, continué en busca de contactos que me apoyaran para lograr mi objetivo y fui a parar a las oficinas del Congreso del Trabajo. Llegué sin conocer a los directivos, no sabía por dónde empezar. Recuerdo que subí al elevador sin saber a qué piso o departamento debía dirigirme, pero hay un refrán que dice: "Preguntando se llega a Roma". En cada piso me bajaba del elevador y preguntaba a quién tendría que dirigirme para solicitar apoyo, hasta que alguien me dijo: "Señorita, vaya al sexto piso y pregunte

por el licenciado Ernesto Salcido Villarreal, es el director de Conampro, él la puede asesorar".

Nerviosa, me encaminé hasta ahí. Tuve que respirar profundamente para que no se me notara la inseguridad. Eso me ayudó y, decidida, llegué hasta el escritorio de la secretaria del licenciado Salcido y pregunté por él dando mi tarjeta de presentación.

Inmediatamente, él en persona salió y, con acento muy norteño, me invitó a pasar a su oficina.

—Pásele —me dijo—. ¿Qué la trae por aquí y cómo sabe mi nombre?

Antes de contestar lo había observado detenidamente. Me había impresionado su sencillez y personalidad. Era un hombre muy alto, fornido; llevaba una camisa blanca sin corbata y desabrochada, por lo que se le veía el cuello y parte del cuerpo; pantalón de mezclilla, botas negras y un cinturón con una hebilla plateada; además, despedía un aroma exquisito, era una loción de buena calidad. Por último, tenía una sonrisa encantadora, y su voz... esa voz tan especial; un buen reloj y una cadena de oro en el cuello cerraban el cuadro.

Titubeando, pero le contesté:

—Licenciado, vengo a solicitar su apoyo. Necesito créditos para mis taxistas.

—¿Créditos?

—Sí, señor, necesitamos cambiar todos los taxis modelo 72 y no encuentro ningún banco que pueda dárselos.

—Pues mire, yo no doy créditos. Soy el director de esta oficina, pero conozco a mucha gente y la voy a enviar con una tarjeta mía.

Me dio la tarjeta y me mandó nuevamente a Arrendadora Banobras con el licenciado Moctezuma.

Antes de que me retirara, me preguntó sobre mi trabajo y le di una explicación general de todo. Creo que lo impacté, así que hablamos acerca del transporte. Tomó el teléfono y marcó a otra oficina. En ese momento no sabía a quién llamaba, pero la conversación

sí que era importante: “Hola, licenciado, buen amigo, mira, está conmigo una buena amiga a quien te voy a enviar para que platicues con ella referente a los créditos que desea; además es muy guapa. Te la encargo”. Colgó y me dio los datos en otra tarjeta; ahí estaba escrito el nombre del licenciado Salvador Rivera Castrejón, jefe de Transporte Federal de la Confederación Nacional Campesina (CNC).

Luego hizo otra llamada. Preguntó a quien le contestó por el licenciado Eduardo Mariscal. Una vez que lo comunicaron, dijo lo mismo que la vez anterior y me dio otra tarjeta para él. Iba dirigida al Grupo Havre, y el licenciado Mariscal era el dueño de ese grupo tan importante.

No recuerdo cuántas horas estuve en el despacho del licenciado Salcido, pero tenía trabajo para mucho tiempo. Ya era hora de comer, y él amablemente me invitó. Salimos de su oficina bajo la mirada de todos los curiosos destilando morbo. Me llevaba brazo al hombro; me sentía chiquita a su lado, apenas le llegaba al hombro con todo y zapatillas de tacón, pero también me sentía como una reina. Comimos en la cantina UdeG, la Única de Guerrero, ubicada a unos cuantos metros del edificio del Congreso del Trabajo. La comida fue estupenda, cabrito y un buen vino; la plática, excelente, llena de sorpresas, no recuerdo cuántas copas bebimos; nos dieron las ocho de la noche.

Al calor de las copas y la buena música, el licenciado me preguntó cuál era mi pieza preferida. Le contesté que era el tema de Casablanca; hizo la petición y, mientras la escuchábamos, me murmuró al oído:

—Oiga, usted me cae muy bien y, por primera vez, estoy muy a gusto; vea, ya ni regresé a trabajar.

—Pues yo tampoco.

—Y le voy a pedir que rompamos el turrón, María Teresa, ¿o cómo prefiere que le digan?

—No... no, está bien, yo le voy a decir por su nombre, Ernesto.

—Ok, brindemos, ya verá que vamos a hacer excelentes negocios. Conozco a mucha gente y se la voy a presentar. Pero, mira, te estoy hablando de usted y no me dices nada.

Nos reímos y brindamos. En la plática me enteré de que Ernesto conciliaba con todos los sindicatos de las empresas más importantes de México, como Volkswagen, Nissan, Chrysler, General Motors, Ford y otras. Además, era asesor de la Secretaría de Hacienda con el licenciado Ortiz, y conocía a varios gobernadores de los estados de la República mexicana. No salía de mi asombro. Internamente me preguntaba cómo había llegado hasta ese lugar y estaba con una persona tan importante e inteligente. Los meseros nos dieron la indicación de que iban a cerrar porque ya era tarde, a lo que Ernesto se opuso diciendo:

—Mira, cabrón, no sabes quién soy yo.

—No, señor, no sé quién es usted, pero ya vamos a cerrar.

—Si quiero, en este momento cierro este lugar, pero para siempre —le dijo Ernesto enojado, y le dio una tarjeta para que se la llevara al gerente del lugar.

Regresó el mesero con el gerente, quien se dirigió a la mesa que ocupábamos y dijo:

—Aquí está una botella para ustedes como cortesía de la casa, y se pueden quedar el tiempo que quieran, no hay problema.

“Vaya —pensé— eso sí es poder.” Salimos en la madrugada del día siguiente. Como yo no llevaba automóvil, Ernesto me llevó a mi domicilio. Nos despedimos como grandes amigos y, satisfecha, me dispuse a dormir un rato, pues tenía que presentarme a trabajar y después dirigirme a las oficinas de los taxistas para darles la buena nueva.

Me levanté como a las ocho de la mañana con una reverenda cruda, por lo que mi adorado padre me preparó un rico plato de consomé y una buena taza de café. Mientras desayunábamos, le platiqué sobre mis propósitos de trabajo, ya que yo tenía que apoyar con los gastos de la casa y la manutención de mis hijos.

Eran las nueve de la mañana. Salí apresuradamente; tenía que recoger mi auto en la agencia donde trabajaba, ya que lo había dejado para servicio. Al llegar al trabajo le informé a mi jefe de lo sucedido y le pareció bastante interesante, sobre todo por las ganancias de las ventas de autos si lograba cerrar dicho proyecto.

La agencia estaba solicitando vendedores, por lo que me fue imposible salir temprano. Había que entrevistar a los aspirantes, así que tuve que quedarme. Alrededor de doce candidatos se quedaron con los puestos. Uno me llamó la atención, al parecer era el líder del grupo que habían ocupado las plazas. Se llamaba Arturo López Bailey. Era alto, muy delgado, de nariz larga, blanco, cabello claro y vestía traje; se veía que era responsable. Platicué largo rato con él y, efectivamente, el grupo venía de otra agencia automotriz y acababan de renunciar. Me pareció acertado que aceptaran a los nuevos elementos.

Arturo era el cabecilla, así que decidí proponerlo para que me acompañara en todas mis salidas. En aquel tiempo había competencia entre las agencias Nissan para obtener los primeros lugares de venta. Para ese entonces, ya era encargada del departamento de Autofinanciamiento "Sí crea", y había un buen proyecto en la República; para ser más exacta, había que salir al estado de Michoacán, a Zitácuaro, ya que el dueño de la agencia era de aquel rumbo.

Nuestro jefe me pidió que ahora que ya había vendedores programara la salida. No tuve más remedio que aceptar, puesto que ése era mi trabajo, y tuve que dejar pendientes todos los demás proyectos.

Dos días después de la contratación organicé la salida a Zitácuaro. Para ello se me proporcionó un automóvil nuevo Nissan, gastos de viaje y, como acompañante, a Arturo López. Con la cartera de clientes lista, salimos rumbo a Michoacán. Arturo y yo viajamos seis horas por carretera, y en el trayecto me fue contando la historia de su vida.

Al llegar a Zitácuaro nos hospedamos en el único hotel que hay; no había cuartos solos, eran con dos camas en un solo cuarto. Cenamos y subimos a la habitación. Intercambiamos las estrategias de ventas y nos dispusimos a dormir, cada quien en su cama. A media noche sentí que mi colchón se movía. Y ahí estaba él, totalmente desnudo. Se acostó a mi lado y, como todo un profesional, me fue envolviendo con sus caricias hasta llevarme al clímax.

Hicimos el amor, pero yo no sentía nada más que una satisfacción sexual. Al menos estaba bien proporcionado, pero no era mi tipo. Me levanté y me metí a bañar; no soportaba el olor a esperma. Me había dejado llevar por el deseo y tenía que aceptar las consecuencias.

Al día siguiente recorrimos el pueblo y logramos muchos contratos de venta. Además, conocimos a mucha gente importante. Al terminar nuestro trabajo regresamos al Distrito Federal. Durante el recorrido, Arturo intentó besarme varias veces, pero lo rechacé, hasta que terminantemente le dije:

—Arturo, debe olvidar lo que pasó en el hotel.

—Pero, ¿por qué? ¿No te gustó?

—No quiero ofenderlo, pero le pido que no me tutee; además, no quiero problemas en la agencia por enredarme con un vendedor.

—Bueno, si usted lo dice, así lo haré.

A la mañana siguiente, cuando llegué a la oficina, me encontré con tamaño ramo de rosas rojas con la tarjeta de Arturo. No le di importancia. Le di las gracias y le pedí que no volviera a hacerlo. Al parecer, no lo entendió. Así que cada día me llegaba un arreglo de rosas. Ya no cabían en mi oficina, tuve que ponerlos hasta arriba de los autos en la sala de exhibición. Como era mi compañero de trabajo y chofer a la vez, me tuvo que acompañar a todas mis citas. Tenía que retomar el trabajo que me había conseguido Ernesto Salcido, así que llevé a Arturo a conocer a don Juan Hernández. Pienso que este fulano (Arturo) debió de haber pensado como en la Biblia: "ella la reina y yo el tesorero de ella".



No iba tan perdido, puesto que sus regalos y halagos llegaban siempre.

Mi primera entrevista fue con el banco Arrendadora Banobras. Me habían dado la oportunidad de presentar mi proyecto y cabía la posibilidad de obtener los créditos para mis taxistas. Arturo me acompañaba a todas las reuniones y no perdía detalle de todo lo que pasaba a mi alrededor. Adondequiera entraba conmigo, nada más faltaba que hasta al baño me acompañara.

No causaba buena impresión su presencia, pero como iba conmigo, pensaban que era mi hombre de confianza. Él obtenía un porcentaje de las ventas que yo realizaba, ya que entró como personal de confianza, y era parte del protocolo de la agencia que un gerente no recibiera comisiones. Así que Arturo ganaba muy buen dinero y no le convenía dejarme.

En esa época fue creciendo día con día el trabajo. Aparte de los taxis, se acercaba el cambio del parque vehicular por microbuses. Como tenía el contacto con la Dirección General de Autotransporte Urbano, la CNC, el Congreso del Trabajo, la CROM y la CROC, elaboré nuevos proyectos para solicitar créditos. Había mucho que hacer y eran días completos con sus noches de trabajo. Ya no dormía; entre reuniones de trabajo, marchas y ventas de autos, el trabajo me comía. No había tiempo para ingerir alimento alguno, pero, después de todo, era emocionante y gratificante.

Un buen día visité al director de la Dirección de Autotransporte Urbano y me propuso dar golpe de Estado a Juan Hernández para constituir una asociación de taxistas propia y promover la reactivación de los once mil juegos de placas canceladas. La oferta me pareció buena, así que acudí a visitar a mi amigo del Congreso del Trabajo para solicitarle asesoría. De inmediato me informó sobre lo necesario para formar una asociación civil.

Por otro lado, a Arturo se le hacían los ojos más grandes al ver la cantidad de trabajo que había. Yo me había enredado sexualmente con él, pero no era amor lo que sentía, sino un objeto de

desahogo únicamente. Seguíamos trabajando, al parecer, a la par, pero no era cierto. No me había percatado de que él pedía una tarjeta de presentación a toda la gente que visitaba. Al abrir la asociación civil, tendría que dejar de trabajar en la agencia, pero era una buena opción.

El 26 de junio de 1989 se inauguraron las instalaciones de la Organización de Autónomos y Transportistas Dedicados al Servicio Público, Colectivo y de Transporte en General, A.C. Ubiqué las oficinas en la planta baja de mi domicilio. Como ya había adquirido muchos compromisos, únicamente los trasladé a mi organización. El error más grave que cometí fue nombrar a Arturo secretario general, pues con el tiempo se convertiría en mi peor enemigo y verdugo.

El trabajo y el poder materializa a las personas y yo no fui la excepción. Ahora tenía otro propósito además de trabajo: luchar y apoyar a la gente, crear empresas, adquirir créditos, abrir nuevas líneas de transporte federal. El panorama era muy halagador, había triunfado y tenía trabajo para mucho tiempo.

Las reuniones con empresarios, líderes de transporte y gente del campo no se hicieron esperar. No tenía tiempo para mí; había contratado una secretaria, un contador, gestores para los trámites, y me había olvidado de lo más importante, mis hijos y familia. Era como un robot, de un lado para otro. Arturo aprovechaba muy bien el tiempo para husmear en los archivos y enterarse de todo movimiento; además, se volvió celoso, agresivo y golpeador. Las peleas se volvieron algo cotidiano; creo que me gustaba la mala vida.

En ocasiones, cuando acudía a comer con toda esa gente del transporte, era la única mujer en la mesa con diez y hasta veinte hombres. Compartíamos grandes negocios y no faltaba el arriesgado que me pidiera que me fuera a la cama con él a cambio de cerrar algún trato. A Arturo no le importaba que me desapareciera del lugar, ya que él tenía la comida segura. Además, déjenme decirles

que en todas las comidas se servía con la cuchara grande; pedía los platillos más caros, y el vino, ni se diga, además de whisky y coñac, al fin que la que pagaba era yo.

Había creado un monstruo y no me daba cuenta de que me estaba robando. Mi padre fue nombrado tesorero de la asociación, pero realmente el que manejaba las chequeras era Arturo. Poco a poco fui desglosando el trabajo y los trámites aumentaban. Un buen día me decidí a elaborar un escrito dirigido al licenciado Diego Valadez, entonces director del Departamento Jurídico del Distrito Federal, quien contestó favorablemente después de una lucha titánica; y en octubre de ese mismo año apareció publicada la descancelación de los juegos de placas en el Diario Oficial.

No sabía que pude haber solicitado varios juegos de placas como remuneración por mi trabajo, pero era principiante en ese ramo; me faltaba callo para ser corrupta. Todos los líderes de rutas y taxis salieron beneficiados y yo me quedé chiflando en la loma.

Juan Hernández se enfureció y un buen día recibí varias amenazas de muerte de su parte y de Matarili (periodista), por lo que me vi obligada a acudir con mis abogados. Fuimos a ver al entonces procurador de justicia, Polo Uscanga, quien me dijo que no podía ayudarme. Abrió el cajón de su escritorio y me preguntó qué arma quería, si una Uzi o cuerno de chivo, porque si detenía a este pájaro de cuenta, yo estaría muerta en menos de diez minutos. Temerosa y con la capa caída me retiré de ese lugar, pero al llegar a mi oficina llamé a un periodista que publicó al día siguiente dicha amenaza.

Muy temprano, llamó Juan Hernández rogándome que ya no publicara otra nota, que él no era el responsable de las amenazas y que no quería hacerme daño, que, por el contrario, trataba de ayudarme en mi nueva organización y, para demostrármelo, me invitó a su rancho de San José del Tunal en Atlacomulco, porque, según él, era amigo del licenciado Carlos Hank y le iba a hacer una comida. Insistió tanto en que fuera que acepté, únicamente porque iban

a ir su esposa e hijos, y quería que yo manejara. Fue así como salimos del Distrito Federal rumbo a Toluca.

Recuerdo que era una noche muy lluviosa y los limpiadores no alcanzaban a quitar toda el agua del parabrisas. Por fin llegamos a la desviación hacia San José del Tunal; era arriba de un cerro lleno de rocas y lodo. Cuando tuve enfrente el rancho, me encontré con una reja muy grande; se oían animales. Sí que era una propiedad bastante grande.

Pero, ¡oh, sorpresa! Nos había seguido un automóvil; no me había dado cuenta. Me tocó el claxon y, al no verme bajar del auto, salió Arturo y se dirigió a mí:

—¿Qué creíste, cabrona? ¿Que me iba a quedar como pendejo esperándote hasta que te diera la gana regresar? ¡Eh! ¡Contéstame!

Como únicamente había bajado el vidrio, me tomó del cuello y del cabello y me jaló fuertemente; olía a alcohol e iba muy agresivo. Don Juan Hernández, al ver la acción, le dijo al sujeto:

—¡Cálmate, Arturito! Tú también estás invitado, así que quédate aquí, que hay lugar para todos.

Ésa fue la primera de muchas escenas que me haría; era el comienzo de un vía crucis.

Ese fin de semana me la pasé en el rancho. Arturo no cesó de fastidiarme suplicándome y pidiendo disculpas por su comportamiento, pero claramente se veía que era mentira, ya que lo hacía cuando me encontraba rodeada de personas; era una mañosa manera de llamar la atención.

Comida y bebida no faltaron durante los dos días de mi estancia en el rancho. Siempre tuve mis reservas, ya que desconfiaba de todo y de todos. Casi no probaba alimento sin antes invitar de mi plato a otra persona; compartía todo lo que me daban.

Regresamos el lunes al Distrito Federal y los días siguientes transcurrieron con mucho trabajo. Las reuniones aumentaban día con día. También los viajes al interior de la República eran más frecuentes; el trabajo me agobiaba, pero tenía que continuar. Mi

nombre sonaba mucho en el ramo automotor y de transporte, por lo que muchos líderes acudían a mi organización a tramitar emplacamientos y créditos. Dimos asesoría a varios. Se constituyeron empresas, porque no existían y trabajaban irregularmente. Tramité ante notario público los gravámenes de los ejidos y terrenos para solicitar créditos, avalúos, elaborar el acta constitutiva, buscar la razón social, logotipo de los camiones, diseño, pintura, trazar rutas, etc. Todo esto ocasionó muchos altercados con otros concesionarios de transporte, ya que las ciudades donde se abrieron estas empresas eran de las más conflictivas, como Maravatío, Michoacán; Irapuato, Guanajuato; Jojutla, Morelos; Cuernavaca, Morelos; Pachuca, Hidalgo; Puerto Escondido, Oaxaca; Ciudad Altamirano, Guerrero. Este éxito lo había cosechado a base de lucha y esfuerzo. Todo parecía marchar correctamente, pero las envidias y enemigos no se hicieron esperar. Recibía llamadas de los líderes foráneos y del Distrito Federal. Para ese entonces, creía que las cosas marchaban bien en la oficina, pero era todo lo contrario. Este fulano, Arturo López, aprovechó mi cansancio y poco a poco se fue haciendo dueño de la situación, al grado de que yo siempre aparecía como la mala de la película.

Un día inesperado, cuando regresaba del banco, fui interceptada por unos individuos que me secuestraron y me llevaron a Ciudad Altamirano. Aún recuerdo ese trágico día. Eran como las dos de la tarde y regresaba de efectuar los movimientos bancarios del día. Arturo López venía manejando mi auto, y mi hijo menor, Toñito, venía en el asiento trasero, pues lo había llevado conmigo. El banco estaba en Tlalnepantla, Estado de México, y el camino de regreso parecía normal, hasta que llegamos a la esquina de la calle que conducía a mi oficina. Vi a varios hombres muy sospechosos apostados en diferentes lugares; mi corazón latió muy fuerte y le dije a Arturo:

—Hay algo muy raro. Mira a esos hombres, parece que están espiando a alguien.

—Sí —me contestó—, no te preocupes, no pasa nada.

Dio la vuelta completa y se estacionó un poco antes de llegar a la oficina. En ese momento, un hombre corrió y le puso una pistola en la cabeza; otro individuo abrió rápidamente la portezuela de donde yo estaba, me sacó de un jalón y de un empujón me subió a una Caribe blanca, cuatro puertas. Todo fue tan rápido que no le vi la cara, pero sí vi en su mano un anillo de oro muy grueso con una cara de algo, no recuerdo exactamente qué era. En la parte trasera se subieron otros dos hombres, y fue así como, a toda velocidad y hasta subiéndose a las banquetas, emprendieron la marcha. Tomaron por la avenida Río Consulado y llegaron a un centro comercial que se llamaba Blanco Tlatilco. Recuerdo que había unas vías de ferrocarril; ahí se bajó el individuo que iba manejando e hizo una llamada telefónica. Después regresó al auto y volvieron a tomar por Río Consulado, hasta que llegaron a Observatorio y tomaron la carretera a Toluca. Una vez en la caseta de cobro, traté de darle alguna señal con la mirada al cobrador, pero nunca volteó a verme. Cuando cruzamos la caseta, a unos cuantos metros se bajaron estos hombres y se subieron otros. Siguieron el camino. A partir de ese momento pasaron por mi cabeza mil y una cosas. No había reaccionado en todo el camino; estaba totalmente sorda y no sabía ni a quien miraba. La tarde caía ya y empezaba a oscurecer. Llegamos a un pueblo; mis labios se habían sellado por la falta de saliva, los ojos me ardían y sentía un zumbido en los oídos. Los hombres que iban adelante se bajaron y se metieron a una vinatería, compraron unas botellas de vino y se lo bebían solo. No sé cuánto tiempo estuvimos estacionados en ese lugar que yo trataba de reconocer. Recuerdo que había una agencia de Volkswagen, creo que era Tejupilco. Emprendieron nuevamente la marcha y tomaron por la carretera. Para entonces, yo venía recargada del lado izquierdo, pegada a la portezuela, no me había percatado de que traía mi bolso con el dinero del banco y mi documentación. Traía la bolsa colgada al hombro y, como me

tenían con los brazos cruzados, no se me había caído. El camino se empezó a hacer brumoso, oscuro totalmente; sólo había ruido, y las luces de los autos que venían en sentido contrario alumbraban la carretera de vez en cuando. Alcancé a ver un letrero que decía “Bejucos” y reconocí por dónde íbamos.

El alcohol ya había hecho efecto en aquellos hombres que iban hablando muchas incoherencias. Me dio mucho miedo porque no sabía si me iban a violar y después a matar. Ya no se veía ni una sola luz a los lados, eran puros llanos, y se me ocurrió tratar de abrir la portezuela. Jalé la palanca como pude, pero no le había quitado el seguro, así que no se abrió. Mi idea era aventarme a la carretera y que si otro auto venía, me matara de una vez.

Todo el camino estuve recordando mi vida, a mis hijos, a mis padres. Es cierto que cuando estás a un paso de la muerte la vida pasa como en una película, muy rápido, una y otra vez y no se borra nada. Veía las imágenes de mis hijos como si los tuviera enfrente. No sé cuántas horas viajamos hasta llegar a Ciudad Altamirano. Recuerdo que la entrada era como una glorieta; casi allí mismo se paró el auto y se subió otro hombre. Nuevamente nos pusimos en marcha y llegamos a un café de mala muerte. Me bajaron y me dijeron que no hablara ni una sola palabra, si no, me mataban.

Mi vejiga se sentía tan llena que necesitaba un baño. Uno de los hombres me acompañó, pero sólo había una letrina, y ahí, delante de él, tuve que orinar. Al regresar, me pidieron un café. Cuando despegué los labios, se me cayó el pellejito de uno y otro lado; sangraba como si me hubieran golpeado; así bebí el café. Después volvimos al auto y me condujeron a una vecindad techada con lámina oscura y me metieron a un cuartucho no mayor de dos metros. Ellos hablaban, pero yo no alcanzaba a oír lo que decían. Me pasaron un teléfono y me obligaron a llamar a mi familia. Marcaron a la casa de mi padre; él contestó. Me pasaron la bocina y me obligaron a decir únicamente: “Papá, estoy bien”. Mi padre me preguntaba dónde estaba, entonces los hombres me

aventaron nuevamente la bocina y me indicaron lo que debía decir: “Dígales que está secuestrada y que necesita doscientos millones por su libertad, y que los queremos lo más pronto posible”. Así se lo dije a mi padre, quien se asustó y, casi gritándome, me preguntó dónde me encontraba, que cómo iba a hacer para sacar el dinero. Me quitaron la bocina de un jalón y uno de los hombres habló con mi padre. Me volvieron a meter al cuartucho y más tarde llegó otro hombre, pero a éste sí lo reconocí, se llamaba Ranferi Bahena y era de los magnates del transporte en Ciudad Altamirano. Como estaba yo realizando negociaciones para abrir otra ruta desde las grutas de Cacahuamilpa hasta Guerrero, él trataba de impedirlo y por eso me habían secuestrado. También estaban de acuerdo con un líder de la CTM de apellido Plasencia; juntos lo habían planeado.

Mientras esto sucedía en Ciudad Altamirano, Arturo López ni siquiera se había tomado la molestia de buscarme o levantar algún acta, al contrario, parecía una rata agazapada, miedosa, y ni a mi familia le había dicho exactamente qué había pasado. Cuando le llamé a mi padre le pedí que consiguiera el dinero, ya que había personas que me debían y a quienes les podía cobrar. Colgué la bocina y me quedé encerrada en ese cuartucho. Como los días transcurrían y el dinero no llegaba, estos hombres trataban de alimentarme, y diariamente me llevaban un plato desechable con comida, la cual tiraba, ya que no quería comer por miedo a que me envenenaran. Recuerdo que había una mujer bastante grande cuidándome. Me preparaba unas hierbas llamadas quintoniles hervidos a los que les ponía limón y cebolla; era lo único que comía. Así permanecí durante diecisiete días, sin bañarme, defecando y orinando sobre la tierra del cuartucho, y cada que lo hacía salían cientos de tijerillas que se me subían y me picaban. El olor de mi cuerpo ya era insoportable, mi cabello estaba enredado, me sentía demacrada y entumida de las piernas por la falta de movimiento, parecía guiñapo.

Por fin llegó una persona que se había ofrecido a llevar el dinero, nada menos que el famoso Arturo López. Llegó con un cheque de caja, pero a mi nombre, por doscientos millones de antiguos pesos. Esto enfureció a los hombres que me tenían.

Al día siguiente de la llegada del cheque, me sacaron y me dejaron bañar con agua fría y me dieron ropa para cambiarme, aunque no era de mi medida, tuve que ponérmela.

Eran como las once de la mañana y me llevaron a otro cuarto, un comedor muy austero. Me indicaron que me sentara y que iba a llegar el gerente del banco, así que tenía que enseñar mi credencial para identificarme y endosar el cheque, que si no lo hacía, me iban a matar.

Llegó esta persona del banco y firmé, mientras varios hombres estaban detrás de las puertas apuntando con unos rifles. Arturo estuvo presente en todo momento. Yo estaba tan espantada y débil que lo que argumentaron al gerente cuando preguntó por qué no me habían llevado al banco fue que estaba bastante enferma. Arturo salió con el gerente y otro hombre. Ya no me volvieron a meter al otro cuartucho y permanecí en ese lugar. Estaba tan flaca que no me podía sostener de pie, me mareaba. Regresaron del banco después de dos horas y fue cuando, tras contar el dinero, me dejaron salir. Todo era muy confuso, los hombres armados habían desaparecido. Salí del lugar tomada del brazo de Arturo y me llevó a una casa donde dizque él conocía gente, ya que pertenecía a un grupo altruista de rescate llamado Cruz Ámbar.

En esa casa nuevamente me bañé y me regalaron ropa y algunos cosméticos; también me dieron de comer. Recuerdo que comí con desesperación; el sabor de la comida era delicioso. Eran las seis de la tarde cuando el dueño de la casa nos avisó que había hombres parados en las esquinas y que eran muy sospechosos, que casi estaba seguro de que me querían matar y estaban esperando a que me dirigiera a la terminal de autobuses. Entonces se les ocurrió que nos fuéramos al fondo de la casa, para poner una escalera

por donde me brincaría. Ahí me esperaba una camioneta. Me subí y me indicaron que me acostara en el piso bocabajo y que no me levantara. En la carretera pasó una camioneta con hombres armados; me asusté tanto que sentía que todo daba vueltas, estaba mareada, sudada, quería orinar, defecar, sentía un miedo terrible. No sé cuánto tiempo fue, pero después de que pasó dicha camioneta junto a nosotros, me gritaron que no había peligro, que ya se habían adelantado y no me habían descubierto. Pero no me levanté, permanecí acostada en el piso hasta que llegamos a Toluca. Ahí, penosamente me levanté, lloraba, mi cuerpo temblaba. Pero había ocurrido algo inexplicable: en mi mano traía una moneda de plata con la imagen de la virgen de Guadalupe, no sabía cómo había llegado hasta mi mano cuando la abrí y estaba negra; le di gracias al cielo por haberme salvado.

Nos quedamos en la puerta del hotel Colonial. Como no llevaba dinero ni documentos porque mi bolso se había quedado allá, pedí permiso al encargado del hotel para hacer una llamada a la Procuraduría del Distrito Federal, a la Policía Judicial. Ahí tenía un conocido, agente judicial, y le pedí que fuera por mí. Así lo hizo, llegó en su patrulla y me trajo al Distrito Federal. Todo el camino, Arturo comentaba que por favor fuera lo más rápido posible, y nerviosamente le decía que nos venían siguiendo.

No recuerdo la hora en que llegué a mi domicilio, pero cuando lo hice, respiré y abracé a mis padres. De Arturo no recuerdo nada, sólo quería descansar. Cuando me acosté, sentí que había vuelto a nacer. Estaba aturdida y no podía pensar, sólo quería ver a mis hijos y dormir.

Al día siguiente recibí una llamada muy temprano en la cual me dijeron: "De ésta te salvaste, pero si abres la boca, matamos a una de tus hijas". Colgué el auricular y decidí no presentarme con mis empleados. Permanecí en el tercer nivel de mi domicilio, tenía miedo de bajar, sentía que me estaban vigilando. Así duré una semana, hasta que un lunes en la mañana decidí bajar a mi

oficina. Me detuve en el pasillo de la salida, abrí lentamente la puerta, me paré en el quicio de la puerta volteando en todas direcciones, y una voz rompió con ese preámbulo: un vecino que vivía enfrente me gritó: "Teresita, buenos días. Qué bueno que ya regresó de viaje". Ambos caminamos, nos paramos en medio de la calle y nos dimos un abrazo. Así fue como perdí el miedo.

Los días transcurrieron y tomé un receso. No salí de viaje durante una semana. Decidí contratar los servicios de un guardaespaldas. Como yo conocía a un judicial, le pedí que me diera protección. Él, a su vez, llevó a otros tres elementos que me cuidarían. También le conté lo que me había pasado, por lo que se abocó a investigar más a fondo qué o quién estaba detrás. Con la investigación descubrieron que estos sujetos habían ido a mi oficina y que incluso estuvieron hablando con Arturo; así que él estaba detrás de mi secuestro, pero no le pude comprobar nada puesto que no había elementos suficientes. Se había convertido en mi sombra y no me lo podía quitar de encima. Lo peor era que si lo retiraba de la asociación, tenía que darle bastante dinero, así que decidí no hacerlo y seguir trabajando.

Ya tenía una escolta y ellos me cuidarían. Javier era el nombre del que comandaba a los otros. Él era apuesto, muy bien vestido, no mal parecido. Además, sólo recibía indicaciones mías, era mi chofer y acompañante, así que él contestaba mi celular y todas mis llamadas. Se convirtió en mi hombre de confianza y entraba conmigo a todas las reuniones y comidas; claro que nadie sabía que era judicial. Arturo no estaba de acuerdo porque ya no podía hacer de las suyas; además, ya no se enteraba de todas mis negociaciones ni tampoco viajaba conmigo, y si lo hacía, siempre iba acompañada por mi guardaespaldas.

La atracción hacia Javier fue una sorpresa para mí, ya que también era mi confidente, cortés y discreto. Un buen día regresábamos de Arrendadora Banobras Toluca, eran como las tres de la tarde y nos detuvimos a comer en el Wings del aeropuerto un par de horas

y después me llevó a tomar una copa. Me sentía fascinada, así que decidí robármelo a un hotel. Recuerdo que alquiló la suite Valverde, pidió una botella de vino y seguimos bebiendo. Acabamos en el jacuzzi e hicimos el amor; fue muy emocionante. Nunca había hecho el amor en un jacuzzi, lo recuerdo y quisiera volver a aquellos momentos, lo disfrutamos mucho. Él era increíble hasta para hacerme el amor, era muy delicado. Cuando se me bajó la borrachera estaba apenada, así que le dije que ya era tarde.

—Javier, olvide lo que pasó.

—Pero, ¿por qué, Tere, no le gustó, no lo hice bien?

—No, no es eso, pero no debía pasar; usted está para cuidarme y mire, vea hasta dónde llegamos.

—No se arrepienta, que a mí me gustó mucho.

Salimos del hotel y ya en el camino todavía sentía sus caricias, pero decidí cortar por lo sano, así que le pedí que, si quería seguir trabajando conmigo, no volviera a tocar el asunto, a lo que accedió con una sonrisa.

Pasaron los meses y el trabajo no bajaba, al contrario, se incrementaba, por lo que Arturo aprovechó todas mis salidas para hacer malos manejos en la oficina y voltearme a la gente. Estaba muy ardido porque ya no le hacía caso y mucho menos teníamos relaciones íntimas.

Hasta dónde llegaría su odio que manipuló mis averiguaciones conjuntamente con el licenciado Michel. Se pusieron de acuerdo y se confabularon para mi mal. Habló con los taxistas y los puso en contra mía. Les decía que ya no habría emplacamiento, a sabiendas de que las documentaciones estaban ya en la DGAU, pero los trámites se habían retrasado porque habían detenido al que entonces era su director, el licenciado Arturo Mancilla Olivares.

Ése fue el detonante directo de toda esta tragedia. Con lo sucedido, quedaron pendientes muchos trámites, los anticipos y pagos de placas se perdieron, la gente que debía desapareció sin pagar, y

había adeudos en pagarés por grandes cantidades. Arturo López se llevó la documentación de algunos vehículos, el licenciado Michel desmanteló mi oficina y me robó, algunos de los vecinos, junto con uno de mis yernos, también sacaron lo poco que quedaba; lo único que me queda decir es que del árbol caído todo mundo hizo leña.

No hay que confiar en nadie, ni en uno mismo.

### 3. Cautiverio (mi detención)

Mi ingreso fue impactante, desastroso, con burla de los judiciales que me llevaron al reclusorio. Era como si llevaran un trofeo. Imagínatelos cantando, mirando por el retrovisor, y detrás de la patrulla donde me llevaban, otras dos patrullas más escoltándome.

Cuando se abrió aquel gigantesco zaguán, se acabó mi vida. Cada paso que daba era como caminar hacia mi tumba. Iba muerta, sin hablar, sin oír, con la vista nublada, los ojos llorosos, atónita, solamente la imagen tierna de mi padre y de mis hijos iba en mi mente.

Haz de cuenta que caminas en cámara lenta y que cada paso es como una película de tu vida; huele a muerte, el viento es pesado. No hay nada ni nadie que te ayude. Las películas se quedan cortas. Algunos protagonistas ni siquiera entienden o saben lo que en verdad se siente. Ya no es rabia ni coraje, es una sensación muy extraña; como si fueras una mariposa, te atraparan y te cortaran las alas. Se siente un dolor agudo en cada centímetro de tu cuerpo. Es como la muerte misma, pero tú la filmas desde fuera de tu cuerpo.

#### Mi detención

Martes 14 de noviembre de 1995. Hoy me levanté, como era mi costumbre, a las seis de la mañana. Me bañé y preparé el desayuno

para mi padre y para mis hijos que se iban al colegio. Más tarde me dispuse a abrir mi negocio para empezar a trabajar.

Tenía una organización de transporte, asociación civil, y había instalado las oficinas en la planta baja de la casa de mi padre. Los empleados entraban a las ocho de la mañana, así que fueron llegando uno por uno.

Ese día tenía varias citas con representantes de rutas. Todo parecía transcurrir normalmente, excepto porque tenía un nerviosismo poco usual; me asaltaba un presentimiento de algo, no sabía qué era. Empezaron a llegar los clientes que esperaba; la junta era a las once de la mañana.

Estaba en plena reunión, cuando de pronto vi, a través del ventanal, a varios hombres con traje, altos, fornidos, muy sospechosos. No los conté, pero eran como ocho o diez. Se pararon en la puerta de la entrada de la casa. Escuché que metieron una llave en la chapa y sentí un pavor terrible. Inmediatamente me levanté de la mesa de juntas. Mis clientes también se pusieron de pie; es lo único que recuerdo. Me dirigí hacia el interior de la casa. Afuera de las oficinas había varios taxis estacionados, y la recepción estaba llena de taxistas porque ese día íbamos a pasar revista. Escuché gritos y corrí hacia la recámara de mi padre, que era la más cercana. Mi padre se levantó como pudo, temblando y tratando de protegerme.

—¿Qué te pasa, hija? ¿Por qué hay tanto ruido?

No había terminado de preguntar, cuando vi a dos de los hombres que entraron en la recámara de mi padre y me gritaron:

—¡Salga con las manos en alto!

Mi padre lloraba y seguía preguntando qué pasaba; su respiración era muy fuerte porque le faltaba aire y no había conectado su tanque de oxígeno. Yo estaba paralizada; temblaba todo mi cuerpo. No podía hablar ni contestar, mucho menos moverme. Uno de los hombres, que me apuntaba con un arma, rompió el silencio:

—¿Cómo se llama? ¡Órale, diga cómo se llama!

Reaccioné y le contesté enojada:

—¿Para qué quiere saber mi nombre? Primero dígame por qué se metieron y quiénes son ustedes.

—No se haga pendeja y camínele.

—¡No me toque! ¡No sé qué busca!

—Somos judiciales y traemos una orden de aprehensión en su contra.

—¡Muéstremela!

—¡Camínele y no haga preguntas!

Mi padre se había quedado parado junto a su cama mirándome atónito. “¿Tere? ¿Qué pasa, hija?” Lo vi tan desvalido y tan mal, que decidí salir con los dos hombres advirtiéndoles que no me tocaran. Salimos por el patio, y cuál no sería mi sorpresa al ver a mi secretaria, empleados, taxistas y a algunos de mis hijos acorralados; todos los demás judiciales estaban apuntándoles con pistolas. Para salir a la calle, tenía que pasar por un pasillo que separaba las oficinas del resto de la casa. Se me ocurrió hablar a la Contraloría, o decirle a alguno de mis empleados que lo hiciera, porque esos judiciales no llevaban ninguna orden de cateo para sacarme, pero eso era imposible; todos estaban amenazados.

Cuando me llevaban, cerré el zaguán de una patada, lo que enfureció a los judiciales, quienes luego, luego accionaron sus armas. Abrieron la puerta y, al salir, vi toda la calle llena de vehículos, patrullas. Todos mis vecinos estaban fuera de sus casas chismorreando, y frente a mi domicilio había una camioneta blanca con anuncios que decían Gelatinas Fiesta, sin placas, tipo panel. Ahí me subieron y, junto conmigo, cuatro judiciales atrás y dos adelante. Tomaron por avenida Río Consulado y avenida Tlacos, rumbo al aeropuerto. Me trajeron dando vueltas como dos horas para hacerme confesar, amenazándome una y otra vez para que les dijera mi nombre, a lo que les contesté con una grosería:

—Mira, pendejo, ya deja de estar chingándome. Si vas a sacar la pistola, sácala, pero con provecho, si no, eres un pobre pendejo —hizo el intento de sacar el arma—. Si la sacas, la usas, ¡yo no te tengo miedo!

Otro de los judiciales le dijo:

—Órale, cabrón, hay que entregarla vivita y coleando, ya conoces al jefe. Nada más cerciórate de que sea la que buscamos, no sea que nos hayamos equivocado y entonces sí se nos arma.

El judicial que me amenazó me volvió a presionar para que le diera mi nombre, pero le dije que no lo haría hasta que llegáramos a donde me llevaban. Como perros jadeando por el calor que hacía, se aflojaron la corbata. Yo me les quedaba viendo mientras mi mente estaba en mi casa con mi padre, que se había quedado muy preocupado. ¿Y si se enfermaba más? Yo tenía la culpa.

Sentía miedo, pánico, pero no debía doblarme. Me acordaba del secuestro que había sufrido en 1992. Las ideas y pensamientos eran muy confusos, no sabía qué hacer. Veía las imágenes de mis hijos; algunos estaban en la escuela. ¿Qué les iban a decir cuando llegaran? Mis hermanos, mi madre, mis empleados, todo. Era como cuando en una película cortan de repente alguna escena; así habían cortado mi vida y la vida de toda mi familia, mis clientes, mis vecinos y amigos. Fue impactante; como un choque, como la muerte misma. Me sentía indefensa, abandonada, desvalida, me dolía el cuerpo, no tenía fuerza, estaba sorda, y mis ojos, totalmente secos, no me salió ni una sola lágrima. Creo que es peor que la muerte, porque es una laceración al cuerpo y al alma, es como si arrancaran cada parte de tu cuerpo y le pusieran ácido para que sufras, grites e implores clemencia. Así son los honorables mierdas llamados judiciales.

Por fin llegamos a Médico Militar. Un convoy de patrullas escoltaban la camioneta donde me llevaban. Se detuvieron en una avenida donde había bastante circulación. No me resultaba conocido



el lugar. Abrieron las puertas de atrás invitándome a bajar. Nadie me llevaba sujeta ni del cuerpo ni de los brazos. Hicieron una pequeña valla para pasar en medio de todos. Bajé y pregunté quién había mandado ese operativo tan pendejo. Se acercó un tipo que tenía cara de duendecillo, chimuelo, con camisa blanca y corbata de lado, y me dijo:

—Yo, yo le mandé el operativo.

—Mire, si quería dinero, lo hubiera pedido —lo enfrenté muy enojada.

—¿Ves esto? Soy un policía decente —me contestó sonriendo mientras volteaba los bolsillos del pantalón.

—¿Decente o pendejo? —le pregunté con burla.

Enojado, ordenó con voz enérgica que me metieran al edificio. Una vez dentro, en la planta baja, me sacaron como treinta fotos. Luego me subieron a unas oficinas, me dieron instrucciones para que me sentara frente a las galeras, “celdas”, pero no me metieron a ninguna. Ahí se acercó una mujer judicial y me dijo que no me preocupara, que todo se iba a arreglar. Después de una hora, otro judicial se acercó y me dijo:

—Mira, si cooperas con nosotros, te soltamos.

—¿Ah, sí? —pregunté—, ¿y cómo voy a cooperar?

Me enseñaron una fotografía y me dijeron:

—¿Lo conoces?

—¡Sí! —contesté.

—Pues queremos que nos lo pongas, ¿él es tu amigo o no?

—¿Amigo? No lo conozco, solamente lo visito por negocios en la Secretaría de Comunicaciones y Transporte (SCT).

—¡No mientas! Te hemos visto con él.

—¿Y por qué no lo detuvieron?

—¡Ya no hagas más preguntas! Lo conoces ¿sí o no?

—¡No, no lo conozco!

—Mira, te conviene cooperar. Si declaras contra él, te soltamos.

¿Está buena la oferta? Piénsalo, luego regreso.

Me quedé como pendeja sin saber qué contestar. ¿Qué tenía que ver esta persona con todo esto si era un jefe de la SCT y, además, sobrino de un gran personaje de la Iglesia católica? Gracias a mi trabajo ya conocía cómo se manejaba esa gente. Entonces opté por seguir negándolo. Cuando regresó el judicial, me negué rotundamente a reconocer a esta persona.

Ya eran las cinco de la tarde. No me dejaron hacer ni una sola llamada; únicamente se me indicó que me iban a trasladar al Reclusorio Oriente. Nuevamente me bajaron por las oficinas. Aún recuerdo una voz que preguntó por qué me bajaban por ahí y no por el sótano. Alguien dijo que era por orden superior. Salimos a la calle y había tres patrullas estacionadas. Me subieron en la que estaba en medio, donde iba el pintoresco duendecillo; ahora ya sabía su nombre, se llamaba Moisés Tinoco y era el subdirector de la Policía Judicial. El otro era el comandante De la Rosa, comandante de Homicidios. Me subieron en la parte de atrás con dos judiciales, uno a cada lado. Una patrulla delante y otra atrás. Salimos en “clave uno”, según dijeron. Tomaron por la calzada Zaragoza y luego por la avenida Rojo Gómez.

Iban como diablos zigzagueando en la avenida con sirena abierta. Pensaba yo: “Parece que llevan a la Chapis Guzmán”. Mientras íbamos en camino, el Tinoco iba cantando: “Me agarraron los cherifes, me agarró la policía, al estilo americano, como era un gallo muy jugado...”, sonriendo a través del espejo retrovisor. Llegamos a las puertas del Reclusorio Oriente. No recuerdo el color, pero era un zaguán muy grande. Entramos juntos; se oyó un gran golpe cuando se cerró, parecía que habían puesto una losa en mi tumba. Una vez dentro me sentí más protegida, porque vi unas mujeres vestidas de negro que amablemente me hicieron pasar hasta una mesa. No sabía si llorar; tenía algo atorado en mi garganta y recuerdo que con mucho coraje les grité a los judiciales:

—¡Todos chinguen a su madre! —y fue cuando estallé en llanto.

## El hotel cinco estrellas

Camino al interior del reclusorio, la custodia que iba conmigo me preguntó si no me habían violado o pegado, porque de ellos siempre se esperaba lo peor. Lo único que me quitaron fueron mis alhajas, porque decían que, al llegar al reclusorio, me iban a robar y a pegar; así acostumbran robar los judiciales y violar a las mujeres, pero yo no fui el caso.

Ya eran las siete de la noche; estaba fatigada, sin dinero ni tarjeta telefónica, sólo con lo que llevaba puesto. Me hicieron quitarme la ropa y me dieron un uniforme beige maloliente, un pedazo de esponja mugrosa y apestosa, y me señalaron dónde era mi celda. Ya me disponía a dormir, cuando me levantaron y me llevaron al servicio médico. La jefa era de una estatura regular, de cabello corto, voz de mando; se llamaba Carmen y le decían la Hitler. Me llevó al servicio médico. Ahí me hicieron desnudar por completo para ver si no traía tatuajes, operaciones o golpes. Una vez revisada, fui conducida nuevamente a mi celda. No dormí; ahora empezaba mi verdadero calvario. Lloré toda la noche. Mi cerebro estaba como lleno de humo, sentía un ruido extraño en mis oídos, un dolor en el corazón, el estómago lo sentía pegado con el espinazo. Todo me dolía.

A las seis de la mañana nos levantaron a bañar. Recordé que no tenía ropa para cambiarme, así que lavé mi ropa interior y así me la volví a poner. Como era temprano, hacía mucho frío. A las siete de la mañana fui notificada de que tenía que salir a Juzgado, así que fui conducida al Reclusorio Sur, con la ropa mojada, sin peinarme ni maquillarme, sin suéter. Hacía tanto frío en la camioneta que más bien parecía perrera.

No había tenido tiempo ni dinero para comunicarme con la familia. Todo era muy extraño. En esas situaciones se te olvida todo, pareces sonámbula que te dejas arrastrar por el tiempo. Temblaba de frío, hasta los dientes me rechinaban. Los calzones mojados

se me pegaban a la falda tan corta que llevaba. No recuerdo qué zapatos traía porque también me los habían quitado. El camino se me hizo muy largo. No me había lavado los dientes; no había probado alimento desde hacía dos días, pero no lo sentía; sólo recuerdo un sabor a cobre. Tampoco sé quién más iba conmigo; se me borró la memoria.

Llegamos a los Juzgados y al Reclusorio Sur. Nos bajaron de la camioneta. No me había dado cuenta de que mi ropa iba manchada de sangre. La situación me había causado tal estrés que había sangrado. Las custodias no tuvieron compasión y así me pidieron que caminara. Las internas me miraban y se burlaban, no sé si temblaba de vergüenza o de miedo. Un interno se acercó y me dijo: "Hola, amiga, ¿acabas de llegar?" Me dio un rollo de papel sanitario y me señaló la ubicación de un baño. Pedí permiso a la custodia y así fue como pude asearme un poco.

Llegamos al Juzgado, a la rejilla de prácticas; ahí me enteré de la primera situación jurídica. Todo el día estuvimos en el Juzgado. Salimos como a las ocho de la noche. Recuerdo el trato de la gente, prepotente, me veían como perro raro, y no podía preguntar porque me contestaban con un "espérese a que le toque y no interrumpa". Comían como marranos, a deshoras, mal vestidos. Aunado a todo esto, olía a orines, excremento, humedad, droga, mariguana; además, estaban las miradas morbosas de los internos, unos agarrándose los genitales cuando pasaba junto a ellos; era horrible, creo que la palabra se queda corta. Después de la audiencia, no me dejaron leer lo que escribieron porque no cabían los papeles y me pasaron una hoja por la orilla y una pluma para que firmara. Te ponen un abogado de oficio del mismo Juzgado si no tienes uno particular. Yo no lo conocí en mi primera audiencia, sino hasta que terminamos.

De regreso, me venía durmiendo en la perrera, me sentía desfallecer. Al llegar me enteré de que mi hermano Arturo, que era policía federal, me había buscado por la mañana y le habían

informado que no me encontraba ahí. Esa noche no pude comer nada porque llegué muy tarde, así que decidí dormir. Caí rendida; no soñé nada.

Al día siguiente, a las seis de la mañana, fuimos levantadas para asear el área de ingreso. Nos dieron escoba, jaladores, jabón y cloro para lavar los pisos, las camas de piedra y las rejas. Después a bañarnos y a lavar nuestra ropa, pero ¿cuál? A las siete de la mañana pasaron lista y a las ocho llegó el carro del rancho (desayuno). Como no había vasos ni tazas, me dieron una charola de aluminio toda abollada y un pedazo de botella de refresco para el desayuno, que consistió en un bolillo, té y frijoles parados. Apenas había tomado el primer bocado, cuando me gritaron las jefas.

Iba a Juzgado ahí mismo, pero tenía que ir al lado de la Varonil. Me correspondía el Juzgado 20 o 19, así que bajé por el túnel que conduce allá. ¡Oh, sorpresa! Había cucarachas, muchas cucarachas, jamás las había visto tan grandes; olor a orines, excremento en el piso y mucha basura; unos macetones impregnados de orines y basura; era impactante, casi no quería respirar.

El ir y venir a Juzgados se convirtió en mi peor martirio. Mientras en mi casa mis hijos se habían quedado en total desamparo, mi padre se agravó y mis empleados se quedaron sin trabajo. Estos últimos habían desertado por miedo, porque después de mi detención se estacionaban frente a mi domicilio camionetas con gente armada que amenazaba a mi familia. Incluso trataron de secuestrar a una de mis hijas. Gracias a Dios, no lograron su objetivo; sirvió que hubiera tomado clases de karate y defensa personal para lograr zafarse del secuestrador.

En el reclusorio los días iban transcurriendo y nadie de mi familia se presentaba en los Juzgados; me quedé en total abandono. Mi familia no sabía qué había pasado, y mis hijos estaban pequeños; así que fui objeto de los buitres que me visitaban para solicitarme documentación de placas porque, según ellos, me iban a apoyar. Asimismo, se apareció el abogado Enrique Michel Sánchez Valencia.

A él lo conocía porque llevaba los juicios civiles y penales de la organización y era mi hombre de confianza; así que lo nombré mi abogado defensor, título que aproveché muy bien. Él era el único que sabía cómo estaba mi situación jurídica, ya que no salía de mi organización, pero ese tiempo lo aprovechó para engañar a mi familia. Les dijo que no se preocuparan y les pidió dinero para pagar la fianza, porque según él, me iba a sacar luego luego. Le dieron la computadora, escrituras, modular, automóvil, fax, teléfonos. Se llevó todo lo que pudo de mi oficina hasta desmantelarla.

Mi padre seguía agravándose cada día más, tanto por su enfermedad como por la impotencia de no poder ayudarme.

Casi todos los días me llamaban a Juzgado, desde temprana hora y hasta la noche tenía el dedo puesto. Después de catorce días de permanecer en el área de Ingreso y el Centro de Observación y Clasificación, me ubicaron en el dormitorio 4, de altísima peligrosidad. Era una estancia con cama de cemento y un pedazo de esponja, con rejas que se cerraban en la noche. El wc y la regadera estaban adentro del mismo sitio. A la autoridad no le importó ponerme al lado de otra interna que era escandalosa, negra, lesbiana y que todo el día tenía la grabadora a todo volumen; además se masturbaba y los gemidos se oían en la noche. Yo tenía migraña y los dolores de cabeza eran insoportables. El día de mi llegada al dormitorio, después de que me realizaron los estudios de personalidad, la criminóloga me calificó como una persona egocéntrica, manipuladora, promiscua y que no tenía hipotálamo. Así que, aparte de mandarme al dormitorio de alta seguridad, fui recomendada para hacer la fajina, que consistía en descochambrar la estufa del comedor del dormitorio.

Los días y los meses transcurrieron, las audiencias en los Juzgados también y, con ello, las mentiras del abogado.

Se acercaba la Navidad de 1995. El abogado había prometido que con el dinero y con los objetos que se llevó tramitaría fianzas para sacarme de la cárcel, ya que mi delito no era grave, pero

todo fue una gran mentira, porque la primera sentencia me dio ocho años de prisión, aunque me dijeron que podía salir bajo fianza. Dicho abogado no hizo caso de la sentencia y siguió con sus mentiras. No sabía que este malhechor se había aliado con mi secretario, Arturo López Bailey, y que entre los dos cometieron aún más fechorías, pues, aprovechando que yo estaba detenida, Michel se fue como jefe de licencias a la DGAU y se convirtió en gestor de autotransportes utilizando mis contactos. Como no cumplió con sacarme de la cárcel para el mes de diciembre, ofreció sacarme en enero de 1996.

Mañosamente, pidió a mi aval que se presentara en la Comisión Nacional de Seguros y Fianzas, según él, porque iba a tramitar las fianzas, pero esto no sucedió. De alguna manera se confabuló con la afianzadora y me robaron objetos, dinero y escrituras.

Ahí no paró todo. Una de mis hijas estaba embarazada y este truhán le propuso que le diera al bebé cuando naciera a cambio de mi libertad. Claro que mi hija no aceptó, se negó rotundamente, lo que despertó la más ruin y maquiavélica obra, pues me dejaron presa. El tipo me dijo que por ningún motivo acumulara las sentencias porque no me convenía. Posteriormente, también se involucró amistosamente con el director de Ejecución de Sanciones Penales, diciendo que era su amigo, y así estuvo haciendo malos manejos en los reclusorios varoniles. Pedía dinero en nombre del director y ofrecía libertades que nunca cumplía a cambio de diversas cosas.

El verdadero enemigo lo tenía en casa. En varias ocasiones fue a visitarme al reclusorio, engañándome siempre, sacando dinero y haciéndome falsas promesas.

Desgraciadamente, mi padre murió el 19 de abril de 1996, y esto fue lo que acabó con las pocas fuerzas que me quedaban para luchar por mi libertad, situación que bien aprovechó el truhán para acabar conmigo. Sumando mis sentencias, me arrojaron un total de cuarenta y ocho años de prisión por un fraude de ciento setenta mil pesos; pero no me cayó el veinte, ya que con la muerte

de mi padre estaba devastada y poco me importaba lo que pasara conmigo.

No tuve oportunidad de demostrar mi inocencia porque no hubo quien trajera documentación para mi defensa en los Juzgados; se gestionaba la adquisición de juegos de placas y había varios oficios en mi oficina.

Mi padre había fallecido, mi ser más querido, y yo me sentía culpable de su muerte. Me dolía no haber estado con él en esos momentos; quería morirme también. Lo único que me consolaba era que él nunca supo cuántos años me habían dado; Dios había sido benévolo con los dos.

Caminaba como sonámbula por los pasillos y no faltaba persona que me diera el pésame y que tratara de decirme palabras de aliento, lo que me ayudaba a vivir cada día, cada momento. Traté de sobreponerme, aunque en este lugar es muy difícil aceptar o conformarse con situaciones de vida que se presentan y que nuestros familiares tienen que afrontar; la vida sigue su rumbo y uno no puede hacer nada.

Todas las mañanas me levantaba a las seis, que era la hora en que abrían los dormitorios, corría hacia las canchas deportivas y volteaba al cielo buscando la estrella más brillante; y ahí encontraba la paz que necesitaba, porque, según yo, mi padre estaba ahí, quieto, observándome y protegiéndome. Lloraba mucho, recordaba los últimos momentos antes de mi detención, la mirada triste y tierna de mi padre, su desesperación por no haber hecho algo para defenderme.

Mi madre también se había quedado sola, ella también sufría y no había quién entendiera su dolor. Había perdido al hombre que siempre amó y le fue fiel hasta su muerte; ya habían cumplido sus bodas de plata, llevaban juntos toda una vida. Yo me golpeaba la cara y me jalaba los cabellos porque tampoco estaba con ella. Odiaba mucho a mis acusadores, pues por ellos estaba en este lugar, por haber creído en ellos y porque sabía que, de

alguna manera, habían mentido sin saber el daño tan grande que cometían al igual que mi abogado, quien quiso sacar provecho de las dos partes, como siempre, como la mayoría de las veces lo hacen estos defraudadores con cédula. Les había sacado dinero para presionarme y que les entregara los juegos de placas; sin embargo, jamás les dijo que los taxis habían trabajado con los amparos que había gestionado. Este ratero quiso sacar provecho de todo. Me dejó en la cárcel y no se volvió a presentar en los Juzgados. Afuera anduvo haciendo de las suyas; a varias personas les extendió cheques sin fondos por cantidades exorbitantes, pero nunca pudieron hacerle nada; de alguna manera se defendió.

Mientras tanto, algunos de mis hijos tuvieron que abandonar los estudios y la casa de mi padre. Mi hermana Alma Delia se había hecho cargo de ellos, pero su sueldo no le alcanzaba para cubrir los gastos de la escuela y su alimento.

Poco a poco, cada uno de mis hijos abandonó la casa; se quedaron desamparados ante las burlas y humillaciones que algunos vecinos mal intencionados les hacían. Hubo incluso quien les aventó el automóvil encima tratando de atropellarlos. Uno de mis hijos se quedaba a dormir dentro de un carro viejo. No tuve apoyo de mis hermanos en ningún momento; todos habían hecho su vida y nunca recordaron que, cuando tuvieron algún problema, siempre estuve para protegerlos.

Ahora que faltaba mi padre, me daba cuenta de que estaba sola en el mundo. En las noches soñaba con él una y otra vez, soñaba siempre que nos íbamos de viaje. Era muy feliz, sentía el aire fresco acariciando mi cara, el olor de los árboles, olor fresco, olor a pino; veía el mar, las nubes, y me sentía tan feliz a su lado que no quería despertar de esos sueños increíbles y maravillosos. Era como entrar a un paraíso donde todo era felicidad, hasta que despertaba y, ¡oh, realidad!, me veía rodeada por los barrotes de mi celda, en esa cama de piedra tan dura, bajo los guacales colgados que me servían de repisa, y otra lápida encima de mí, que era la cama de arriba.

Por las mañanas, salía apresuradamente a hacer la fajina que entonces me habían impuesto: lavar las tres canchas con una manguera. Para ello me habían dado un par de botas negras y una escoba. Había incluso quien me tiraba basura y entonces tenía que volver a limpiar.

No quería acordarme de la sentencia tan grande y grave que me habían dado. En los reclusorios a nadie le importas; la documentación que llega de los Juzgados solamente la archivan, si bien te va, en tu expediente, si no, la pierden y no hay nadie que te explique tu situación jurídica; queda como perdida en el espacio, ¡espacio!, pero de cárcel.

Al poco tiempo murió mi abuela materna, en agosto del mismo año en que murió mi padre. Ése fue otro gran golpe para mí. Ella había sido la nana o “mamá grande” de mis hijos; yo la adoraba, le llamaba diariamente. Después de mi detención, enfermó de tal manera que cayó en cama para no levantarse jamás. Aún recuerdo su voz cuando le llamaba. Decía que había soñado a mi papá y que veía a una mujer vestida de blanco, parada en la puerta, a los pies de su cama y que le daba miedo porque no sabía quién era. Yo trataba de consolarla y ella terminaba por quedarse dormida con el auricular en la mano.

La última vez que le llamé me contestó mi tía. Me dijo que mi abuela había entrado en agonía y que no podía morir porque preguntaba mucho por mí, pedía que por favor le hablara y le rezara para ver si escuchándome se tranquilizaba y podía descansar en paz. Cuando la pusieron en la bocina, escuché su respiración fuerte, pero muy lenta. No sabía qué decirle, nunca había estado cerca de alguien que iba a morir. De pronto le dije: “Abuelita, te quiero mucho y deseo que descanses. Mira, viejita, allá en el cielo están tu hija y mi papá esperándote, por mí no te preocupes, yo saldré pronto”. Recuerdo que le recé un mantra Hare Krishna, un Padre Nuestro y, de repente, ya no escuché nada, únicamente un silencio. Cerraba los ojos y me sentía junto a su cama. Mi tía tomó

la bocina y me dijo: “Tere, ya murió. Gracias”. No pude llorar, colgué el teléfono y, como si caminara flotando en el aire, llegué hasta mi celda y me dejé caer en mi cama. Pensaba en quienes más amaba; ya no estaban conmigo, estaba sola. El grito de una custodia me hizo reaccionar:

—¡Señora! ¿A qué hora va a pasar su lista?

—Perdón, jefa, se me olvidó.

Le di la vuelta a la página. Al día siguiente me levanté y me propuse trabajar como burra para que el tiempo se me hiciera más corto. Había sido nombrada coordinadora de aseo, así que todas las mañanas corría a la Sala de Visita a entregar las herramientas de trabajo a mis compañeras y yo tomaba la máquina de cortar pasto y unas tijeras para podar los árboles; lo hacía con tal fuerza que quedaba agotada.

Con el tiempo adquirí la confianza del personal de seguridad, empleados y funcionarios. Tenía a mi cargo al personal interno; claro, supervisada por la jefa de Organización del Trabajo. Todo esto me ayudó a soportar el dolor que llevaba dentro. Estuve a cargo de toda la limpieza del reclusorio; no había nadie más que organizara. Estaba tan saturada de trabajo que llegaba a las nueve o diez de la noche a dormir. Los horarios apenas me alcanzaban para estudiar, capacitarme, trabajar y servir como secretaria en Organización del Trabajo por las tardes, donde aprendí y conocí el Reglamento interno de reclusorios. Fue tal mi desarrollo de trabajo institucional que tuve a mi cargo la Sala de Visita familiar, las reuniones, la pintura de dormitorios e instalaciones, la fumigación de ratas, el bazar de venta de productos que hacían mis compañeras, la elaboración de los murales que adornaban las festividades y, en algunas ocasiones, preparaba hasta la comida especial para reuniones.

Las retribuciones a mi trabajo eran muy reconfortantes: los agradecimientos de los empleados, de los funcionarios, de gente externa, de grupos de apoyo, en fin, había crecido tanto que me

había convertido en un “monstruo”, según decían los funcionarios de la Dirección General de Reclusorios.

Era bastante agobiante, porque también tomaba todos los cursos que daban y además impartía clases. No tenía tiempo para mí; creo que nunca me di cuenta de eso. Los días se me fueron como agua, los años transcurrieron muy rápidamente. Directores iban y venían, jefas de seguridad, empleados, compañeras internas; todo giraba a mi alrededor. Así superé el dolor de estar sola.

Nunca me trasladaron del Reclusorio Femenil Oriente a Tepapan, que entonces era la penitenciaría, sino que el 7 de junio de 2004 fui trasladada al Centro Femenil de Readaptación Social de Santa Martha Acatitla.

#### 4. Bellas Artes. La cultura dentro de la cárcel

No todo en una cárcel es malo. Entre los aspectos más importantes para una readaptación se encuentran la educación, la capacitación y el área cultural. Para que mi tiempo en prisión fuera más llevadero, opté por adentrarme en estas áreas. Principalmente me enfoqué a la literatura, la poesía, la pintura, la danza y el teatro. En este último ha destacado tanto el trabajo de mis compañeras como el mío. Las experiencias que he tenido me han hecho sentir importante. El teatro me ha dado la oportunidad de conocer más a fondo a mis compañeras y de relacionarme con los medios de comunicación, pues me han hecho reportajes en periódicos y revistas, como Marie Claire, Joy, Paso de gato y Milenio, y en radio y televisión, como en el programa Paso de gato de canal 22, y también en canal 40 para el programa Par 64 con Itari Marta y Bruno Bichir; me entrevistó Hannia Novell de Proyecto 40, y participé en el programa referente a la “Narcosatánica” del programa La historia detrás del mito de canal 13, en Cadena 3, en canal 11 con Cristina Pacheco, en canal 4 con Jaime Maussan, y muchos más.

Gracias al teatro, también he tenido la oportunidad de conocer a artistas, quienes en ocasiones me han ayudado con el montaje de las obras que he puesto en escena. Su participación ha consistido en donaciones de vestuario, accesorios, maquillaje y otras veces me han asesorado con coreografías, lo cual me ha permitido aprender cosas que nunca imaginé.

Es importante mencionar que no ha sido fácil. Los obstáculos y envidias siempre han estado a flor de piel, tanto de mis compañeras, como de algunos(as), jefes(as) departamentales, hasta llegar a la humillación y a la discriminación, pero ni aun así han podido aplastarme. Para llegar a la cumbre y poder mantenerme arriba, fue necesario tomar clases de teatro, creación literaria, danza contemporánea, danza regional, yoga, meditación, expresión corporal, canto y muchas más. Formé mi primer grupo de teatro en el Centro de Readaptación Social de Santa Martha Acatitla con el nombre de Teatro Turquesa. Aquellos fueron días de trabajo extenuante. La mayoría de mis compañeras nunca habían actuado, así que dediqué un buen tiempo a prepararlas enseñándoles diversas disciplinas y dinámicas.

Sentí la necesidad imperiosa de tomar clases de pintura en todos sus estilos; llegué a pintar murales que han servido de escenografía para las obras. También aprendí a cortar y a coser para crear algunos vestuarios. Agradezco a toda la gente tan hermosa que, con su valioso apoyo, amistad, gratitud y amor desinteresado, me ha ayudado a alcanzar mi objetivo. Después de tanta lucha, he podido cosechar lo que fui sembrando cada día.

La mayor parte de los textos de las obras fue escrita por mí, algunos otros son adaptaciones que hice, siempre apegada a las normas del Centro Femenil de Santa Martha Acatitla, ya que todo trabajo que se realizaba se sometía a una revisión de las autoridades del penal. En ocasiones, en la mayoría, tuve la satisfacción de hacer giras entre reclusorios; así que tuve la oportunidad de conocer todos los centros de reclusión varoniles, siempre en un

marco de respeto y cordialidad con mis compañeros internos. Pude sentir y palpar la emotividad con que nos recibían, contrario a lo que se dice en las notas periodísticas. He podido conocer a mis compañeros como seres humanos, no como delincuentes; ellos también participan en actividades culturales.

Llevé a cabo la presentación de siete pastorelas, escritas y dirigidas por mí, las cuales forman ya parte de un acervo cultural:

- 2004 De Oriente a Santa Martha.
- 2005 La historia que cambió el diablo.
- 2006 De reversa, mami ¿al Oriente?
- 2007 Al pan, pan y al vino, vino.
- 2008 Cuando culparon al diablo del infierno en Santa Martha.
- 2009 Dos ángeles en apuros.
- 2009 Milagro de fe (grupo psiquiátrico).

Las obras que escribí, dirigí y llevé de gira a los distintos reclusorios son:

- 2005 Romeo y Julieta (adaptación de la obra de William Shakespeare).
- 2005 Cada cosa en su lugar, de María Luisa Uscanga.
- 2006 Don Juan Tenorio cómico penitenciario, de Zorrilla
- 2007 Romero y Juliana.
- 2007 Participé en la puesta en escena de Don Quijote, un grito de libertad gracias a un programa de la Subsecretaría de Gobierno, bajo la dirección de Arturo Morel. Llevamos a cabo quince presentaciones en el Reclusorio Varonil Oriente.
- 2008 El reflejo de Frida (obra musical).
- 2008 Cabaret (musical basado en la película de Liza Minelli. Actué como protagonista).
- 2009 Cats (musical. Actué como protagonista).

2009 Monólogos de la intimidad (adaptación de Monólogos de la vagina).

Repentinamente fui trasladada al Centro Femenil de Readaptación Social del Distrito Federal, y en este lugar presenté:

2009 Don Juan Tenorio cómico penitenciario.

2010 El clamor del 68.

También formé un grupo de teatro infantil en el Centro Femenil de Readaptación Social de Santa Martha, al cual nombré Turquesitas, con el fin de llevar diversión sana los días de visita a los hijos de mis compañeras internas. Cantábamos canciones de Cri-Cri y regalaba a los niños juguetes que conseguía mediante donaciones. Me divertía mucho porque nuestro equipo de teatro se componía de cuatro payasitas, Barney y otros personajes. Era increíble ver la alegría que provocábamos en los niños. Estas experiencias me dan vida y me alientan a seguir echándole ganas a pesar del encierro.

¿Ven? No todo es negro en las cárceles, menos en el área cultural. He aprendido a sentir en carne propia las carencias materiales, humanas, amorosas. Ahora comprendo y actúo uniendo mi dolor al de ellos. En algunas obras me han dado la oportunidad de hacer reclamos y protestas, siempre con dignidad y respeto. Esto me ha permitido llorar junto con ellos.

Seguir hablando de este tema resultaría interminable. Puedo decir que Dios me ha llenado de bendiciones al darme la posibilidad de conocer otro mundo, otro planeta, otras personas, quienes quizá para mí han sido las más importantes de mi vida. Toda la experiencia que he adquirido no la puedo pagar con nada, son mis vivencias.

También incursioné en la pintura, y aprendí a plasmar mis sentimientos, emociones, amores, logros y fracasos. Es impresionante

cómo fui desarrollando habilidades y destrezas que no conocía. Gané varios concursos y mis pinturas han estado en diversas exposiciones. Presenté en teatro la vida de la gran pintora mexicana Frida Kahlo, pues su obra me llenaba de inquietud y de emoción al ver que pudo vencer las adversidades, su dualidad, sus amores, sus triunfos y hasta su enfermedad. Es grande mi admiración por ella; hay algo que me une como mujer a su vida. Cuando iba a escribir ese libreto para el teatro, caí por enfermedad en una silla de ruedas, ya que un fuerte dolor en la espalda me impedía caminar. Fueron casi diez días de no poder moverme, mismos que aproveché para conseguir películas, libros y adentrarme en la pintura de Frida. Llegué a la conclusión de que algo me unía a ella, incluso el andar con muletas durante un mes. Mi vida es muy similar a la suya; hasta mis cuadros, en los temas que plasmaba, tienen un toque parecido al de ella. Entablé correspondencia con el conmemorativo Frida Kahlo y tuve la oportunidad de conocer a la gran actriz Ofelia Medina, que tenía puesta en escena Cada quien su Frida. Mi obra se llamó El reflejo de Frida.

Tomé varios cursos de creación literaria con grandes escritores, como Emiliano Pérez Cruz y Josefina Estrada, quienes me enseñaron cosas que tampoco sabía. Esto me llevó a escribir poesía y relatos para los concursos que se llevan a cabo en los centros penitenciarios.

Formé un grupo de baile folclórico y nos presentábamos en fechas especiales, como el 10 de mayo, el 15 de septiembre, el 20 de noviembre y otras. Estoy muy satisfecha de toda mi labor cultural porque he ayudado a mis compañeras y ellas a mí.

Ahora creo firmemente que no hay mejor escuela para aprender que la de la vida, y que he traspasado estos alambrados que resguardan paredes tan frías. Siempre he tenido mi libertad adentro y afuera. La grandeza del ser humano no la da nadie, se la gana uno mismo. Es importante que la gente allá afuera pueda reconocer los valores de las internas que por alguna causa estamos en este



lugar. Tanto aquí como allá hay cultura, educación, trabajo y el ferviente deseo de ser reconocidas como mujeres mexicanas con todos sus valores; que vean también el trabajo y apoyo de la gente altruista que da todo por nada, como Conaculta y los directivos de cada centro, quienes muchas veces son ignorados y solamente son el festín de la nota roja.

NADA

Nada es quien fue nada.

Pirrón

Nadaba entre la nada. Sin empeño  
a la vida, que es nada, de improviso  
vine a soñar que soy; porque Dios quiso  
entre la nada levantar un sueño.

Dios que es El Todo y de la nada es dueño,  
me hace un mundo soñar, porque es preciso;  
Él, siendo Dios, de nada un paraíso  
formó, nadando en eternal ensueño.

¿Qué importa que en la nada confundida  
vuelva a nadar, al fin, esta soñada  
vil existencia que la nada olvida,

nada fatal de la que fue sacada?...  
¿Qué tiene esta ilusión que llaman vida?...  
Nada en su origen —¿y en su extremo?— ¡Nada!

Antonio Plaza

AL AMOR

¿Por qué, Amor, cuando expiro desarmado,  
de mí te burlas? Llévate esa hermosa  
doncella tan ardiente y tan graciosa  
que por mi oscuro asilo has asomado.

En tiempo más feliz, yo supe osado  
extender mi palabra artificiosa  
como una red, y en ella, temblorosa,  
más de una de tus aves he cazado.

Hoy de mí mis rivales hacen juego,  
cobardes atacándome en gavilla,  
y libre yo mi presa al aire entrego.

Al inerme león el asno humilla...  
Vuélveme, Amor, mi juventud, y luego  
tú mismo a mis rivales acaudilla.

Ignacio Ramírez

VIVO SIN VIVIR EN MÍ

Vivo sin vivir en mí,  
y tan alta vida espero,  
que muero porque no muero.

Vivo ya fuera de mí,  
después que muero de amor;  
porque vivo en el Señor,  
que me quiso para sí:  
cuando el corazón le di  
puso en él este letrero,  
que muero porque no muero.

Esta divina prisión,  
del amor en que yo vivo,  
ha hecho a Dios mi cautivo,  
y libre mi corazón;  
y causa en mí tal pasión  
ver a Dios mi prisionero,  
que muero porque no muero.

¡Ay, qué larga es esta vida!  
¡Qué duros estos destierros,  
esta cárcel, estos hierros  
en que el alma está metida!  
Sólo esperar la salida  
me causa dolor tan fiero,  
que muero porque no muero.

¡Ay, qué vida tan amarga  
do no se goza el Señor!  
Porque si es dulce el amor,  
no lo es la esperanza larga:  
quíteme Dios esta carga,  
más pesada que el acero,  
que muero porque no muero.

Sólo con la confianza  
vivo de que he de morir,  
porque muriendo el vivir  
me asegura mi esperanza;  
muerte do el vivir se alcanza,  
no te tardes, que te espero,  
que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;  
vida, no me seas molesta,  
mira que sólo me resta,

para ganarte perderte.  
Venga ya la dulce muerte,  
el morir venga ligero  
que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba,  
que es la vida verdadera,  
hasta que esta vida muera,  
no se goza estando viva:  
muerte, no me seas esquiva;  
viva muriendo primero,  
que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle  
a mi Dios que vive en mí,  
si no es el perderte a ti,  
para merecer ganarle?  
Quiero muriendo alcanzarle,  
pues tanto a mi Amado quiero,  
que muero porque no muero.

Santa Teresa de Jesús

Domino un arte  
y golpeo con crueldad  
a quien me hiere

AMOR TARDÍO

Nunca pensé en el martirio  
de un amor que nace tarde.  
Ni pude sospechar nunca  
que así me martirizase.

Por eso es más la tristeza  
 que hoy a mi corazón invade  
 al ver que tengo que huir  
 del riesgo como cobarde.  
 Me crucé yo en tu camino  
 o tú en el mío atravesaste.  
 Que todavía no sé  
 quien de las dos fue la culpable.  
 Y a pesar de las distancias  
 que apartan nuestras edades  
 tu alma y la mía se buscan  
 en miradas calcinantes  
 sufriendo la sed terrible  
 de una pasión insaciable  
 que nos marchita  
 que nos consume  
 que nos abate.  
 Porque esto es una locura.

Mi experiencia es un demonio  
 y tu candor el de un ángel,  
 y no está bien que vayan juntas  
 tu bondad y mis maldades.  
 ¡Vamos, bien mío! Sé razonable,  
 suelta mi mano, sigue adelante,  
 déjame octubre con sus recuerdos,  
 pídele a marzo sus realidades.  
 La primavera llena de flores  
 está llamándote... vete, sí,  
 que a mí me falta valor  
 y fuerza para dejarte.  
 Porque sabes que te quiero  
 como no he querido a nadie,  
 que es invencible la fuerza  
 con que tus ojos me atraen,

que si renuncio es a costa  
 de una voluntad gigante,  
 que el verte es morir de angustia,  
 que el no verte es sepultarme,  
 que el huir es vergonzoso  
 y el sucumbir es infame,  
 que eres mi cumbre, mi luz, mi guía  
 y eres mi abismo, mi horror, mi cárcel.  
 Oh, mujer, que en mi camino  
 te encuentro para mis males.  
 ¡Por qué he nacido tan pronto!  
 ¡Por qué has nacido tan tarde!

Teresa Chávez Cabrera

## 5. Un paso al holocausto

Duermo tranquilamente, la noche es fría, solamente se escucha el ruido del viento. La estancia está oscura, la alumbraba un pequeño rayo de luz que entra por encima de la puerta. Estoy sobre mi cama de lámina blanca; un pedazo de esponja sirve de colchón; todo parece tranquilo. De pronto se escuchan pasos, se detienen en la puerta de la estancia, murmuran voces y, de un solo golpe, se oye el abrir del cerrojo. Mi corazón palpita fuertemente. Entran dos custodias e inconscientemente pregunto:

- ¿Es un cateo? Ay, jefa, es muy noche.
- No, no es un cateo —contestaron nerviosamente.
- Ay, jefa, ¿entonces? Tengo mucho frío y sueño.
- ¡Señora, levántese!
- Pero, jefa, hace frío, si va a revisar...
- ¡Hágalo y ya!

Me destapé poco a poco la cara y las custodias se me quedaban mirando dudosas.

—Tere, es traslado.

—¿Qué?!

De un brinco me levanté.

—Jefa, ¿traslado? ¿Seguro que soy yo?

—Sí, Tere, mire, aquí en el papel dice su nombre.

—Permítame, quiero hablar con la comandante.

—Sí, está bien. Ella nos mandó.

—¿La jefa las mandó?! ¡No! No puede ser. Yo no me quiero ir de traslado.

Sentía que todo me daba vueltas, volteaba para todos lados y ensordecí. Era como si el tiempo se hubiera detenido. Mis compañeras de estancia, Lala y Juanita, se levantaron asustadas.

—Doña Teresita, ¿qué le pasa? ¿Por qué tanto alboroto?

Corrí y, abrazando a Lala, me solté a llorar.

—¡Ay, Lala! Me voy de traslado.

—¡No puede ser! ¿Por qué se la llevan, jefa?

La jefa contestó:

—No lo sé, a nosotras también nos sorprendió, pero debemos cumplir con la orden. ¡Apúrese, señora! No tenemos mucho tiempo.

No oía, mi cabeza daba vueltas, las fuerzas se me habían acabado, era como si estuviera muerta. En ese momento recordé que tenía medicamento en un cajón. Corrí hacia mi cajonera y saqué un frasco de pastillas; eran para la presión arterial. Había como treinta pastillas, las puse sobre la palma de mi mano y las introduje en mi boca. Tomé una botella con agua, pero me la quitaron de las manos. Entonces corrí al lavabo y tomé de esa agua sucia para pasarme rápido todas las pastillas. Las custodias corrieron y me jalaban para llevarme a Servicio Médico. Me logré zafar de ellas, pero me gritaban; querían que fuera a Servicio Médico. De pronto sentí algo muy fuerte dentro de mí, y luego ya no sentía nada, absolutamente nada. Caminé con las custodias y mis compañeras hacia el Servicio Médico. Al llegar ahí, la doctora me pidió que

le dijera el nombre de las pastillas que me había tomado. Le dije que habían sido treinta pastillas de Captopril; entonces ordenó a la enfermera que me diera un vomitivo y que me tomara la presión. No dejé que me tocara; estaba muy enojada. Sin intercambiar palabra con ella, bajé las escaleras y me dirigí a la Jefatura. Entré corriendo y llorando. Llegué hasta la puerta, y la comandante estaba ahí, sentada frente a la computadora. Me le quedé viendo y le dije llorando:

—Jefa, ¿por qué yo?

—No lo sé, Tere, pero acaba de llegar la orden de traslado, nosotras no sabíamos nada. ¿No metió usted algún escrito o algo?

—No, jefa, nunca. Yo no pedí mi traslado y no lo quiero ¿Qué hago? Dígame. ¡Deténgalo, no me quiero ir!

—No puedo, es una orden de arriba y debo cumplirla.

—¡Pero, jefa!

Se levantó de su silla, me tomó de las manos y me dijo:

—¡Yo sé que usted es muy fuerte y sabrá sobreponerse a esto y más! Así que no se doble, tiene que ser valiente. Usted vale mucho y sé que ha hecho muchas cosas buenas, pero todavía no sé por qué la están trasladando.

Así pasaron las horas, no sé cuánto tiempo. Tal parecía que flotaban en el aire mi mente, mi cuerpo, mis sentidos; no había nada en su lugar. Era como si estuviera muerta, solamente oía voces, ruidos; pero pasaban como una película, no entendía. Subía y bajaba la escalera que comunicaba con la Dirección, me sentaba en los escalones fríos y abrazaba los postes que detenían la escalera. Subí nuevamente y observé que había más compañeras. Entre las más conocidas estaban Bety, Rosita, Soledad, Selma; las veía como en cámara lenta, hablando. Un grito interrumpió mis pensamientos, era del Jurídico: “¡Señora, voltee! Sí, usted. Pase”. Me dirigí al Jurídico y una empleada me pidió que diera mi nombre.

—¿Cómo se llama?! ¡Nombre y apellido!

—¡Me llamo Teresa!

—¡Teresa ¿qué?!

Me le quedé viendo y mi adrenalina iba subiendo poco a poco. Respiré profundo y respondí:

—¡Me llamo Teresa!

—¡Teresa ¿qué?! ¡Conteste! —volvió a cuestionarme.

Su tono no me pareció y le dije:

—¿Sabe qué? No le voy a dar ningún dato, usted tiene todos mis datos, así que es su trabajo buscarlos, no el mío —y me salí de la oficina.

Al bajar la escalera, me estaban esperando unas custodias.

—¡Señora Teresa! Firme y ponga su huella en esta hoja.

—¡No! No voy a firmar ni a poner mi huella. Y no se atreva a tocarme, porque no sabe hasta dónde puedo llegar —le contesté muy molesta.

Salió la jefa Paty de Jefatura y me pidió que firmara por favor la libreta porque era un requisito; pero volví a contestar que no, que no iba a firmar nada y que le hiciera como quisiera. Ya eran las cuatro de la madrugada del 21 de octubre. No sabíamos cuánto tiempo más íbamos a tardar en irnos.

No había preparado ninguna maleta, no sabía qué llevarme. Custodias y custodios iban y venían y se me quedaban viendo, otros se despedían. Era como si fuera al patíbulo. Volví a Jefatura y la comandante me preguntó qué me había tomado. Le dije que no importaba, que no quería irme de traslado. Entonces me tomó de las manos y me dijo: “Tere, la vamos a extrañar. No era por el aseo de la oficina por lo que la teníamos, era su risa, su alegría, sus detalles, llorábamos juntas”.

Ella se caracterizaba por ser dura, muy dura, y yo también, pero estábamos sintiendo el mismo dolor de la separación. Sabíamos muy bien que no me iba libre, sino a otra cárcel, desconocida, con gente desconocida. Nos dimos el último abrazo de despedida y al

salir se cerró la puerta de Jefatura para nunca más volver a abrirse para mí.

Ya eran las cinco de la mañana; tenía los ojos hinchados y los labios secos. Nos fueron llamando a cada una por lista y afuera estaba el camión de la muerte; así lo sentía. Era de color blanco, tipo microbús. Nos pusieron en línea y, al escuchar cada una nuestro nombre, teníamos que contestar con el apellido. Por fin me tocó a mí; me temblaba el cuerpo. Caminé, volteé nuevamente y miré a través de la ventana las oficinas de Jefatura y Dirección por última vez.

—¡Teresa!

—Chávez.

—Chávez ¿qué?

—Cabrera.

Subí lentamente el primer escalón y me dirigí al último asiento, sin dejar de mirar la ventana de la recámara de la comandante. Ni siquiera en el último momento se había asomado para que pudiéramos despedirnos. Lloré, lloré mucho. Se encendió el motor del camión y poco a poco empezó a andar. Cada segundo, cada minuto, mi corazón se rompía en mil pedazos.

Fuimos alejándonos poco a poco de la cárcel de Santa Martha y fue entonces cuando imaginé que iba rumbo al holocausto, porque así me sentía, parecía que iba directo a la muerte; olía a azufre, a cadáver. Miraba una y otra vez a mis compañeras, algunas iban felices, otras no tanto. “¡Pobres infelices! —pensaba—, ni siquiera saben a dónde vamos a llegar.”

Dolía, sí, dolía mucho. Mi corazón estaba oprimido, estaba totalmente sola, desamparada. Había vivido cinco años en Santa Martha y dejaba parte de mí, toda una labor, un trabajo, una lucha por obtener la preciada libertad, y todo se derrumbaba. No tenía fuerzas, no pensaba, no imaginaba qué iba a pasar, qué me deparaba el destino.

## 6. El laberinto

Eran las cinco de la madrugada del 21 de octubre de 2009, iba en el último asiento del autobús que me transportaba a mi nueva morada. Mis mejillas estaban mojadas por las lágrimas que no dejaban de brotar de mis ojos; mis labios sellados, mudos, pegados el uno con el otro; mi cuerpo tembloroso por el miedo y la impotencia; mis manos con los dedos entrelazados, estrujándose como si quisieran desprenderse; todo mi cerebro congelado en un solo punto.

¿Qué había ocurrido realmente? ¿En qué había fallado? ¿Quién era el o la culpable de todo esto? ¿Por qué yo?

El ruido del motor del autobús me hizo levantar la mirada. Solamente veía luces de otros autos que nos rebasaban. Luces, anuncios, olor a gasolina, calles y avenidas que no conocía, la noche oscura y fría. Mi vida había girado en unas cuantas horas. Antes de salir había intentado suicidarme, tomando treinta pastillas que no me hicieron efecto. Eran grandes la rabia, el coraje y la decepción de haber sido traicionada por personas a quienes entregué mi trabajo, mi salud, cariño y respeto por tantos años; éste parecía ser el pago a todo eso.

Mi ángel me había traicionado, a quien consideraba mi única amiga, ni siquiera me dio el último adiós. Ella había participado en esta decisión y no me dio la oportunidad de impedirlo. Le tenía gran cariño y aprecio, ya que la conocía desde hacía catorce años; nunca esperé una canallada de ese tamaño. El autobús seguía su recorrido; perdí la noción del tiempo, no miré el reloj ni una sola vez. De pronto, una voz me volvió a la realidad: “¿Cómo te sientes? Ya cálmate, te vas a enfermar”. Era Miriam. No viajaba sola, iba acompañada por otras veintitrés compañeras. Algunas se mostraban desconcertadas, otras iban felices. Las recorrí a todas con la mirada e imaginé algunos de los pasajes de la segunda Guerra Mundial; era como ir al matadero, como los alemanes hicieron

con los judíos. Era incierto mi destino. Poco a poco el chofer fue bajando la velocidad. ¡Habíamos llegado a nuestro nuevo hogar! Un zaguán grande se abrió; mi corazón latía muy fuerte. Luego de que el autobús entrara por completo, se cerró con un fuerte golpe.

Estábamos en una zona residencial, con mucha vegetación. Afuera se vislumbraban casas con excelentes construcciones; el alumbrado de los postes iluminaba la zona. Pero adentro, donde me encontraba, las paredes estaban cercadas con alambrados de púas. A la orden de un hombre, fuimos descendiendo una por una. El recibimiento fue cordial: “Bienvenidas”, dijo una mujer. Sentí un nudo en la garganta que me impidió gritar; solamente se nubló mi vista y mis lágrimas volvieron a brotar. Nuevamente alguien se dirigió a mí:

—Pero, doña Tere, ¿por qué la trajeron?

A lo que contesté fuertemente y enojada:

—¡No me pregunte nada, no sé por qué estoy aquí! Yo no pedí mi traslado, ¡y menos a este lugar!

—No se preocupe, aquí va a estar usted en paz, ya lo verá. Tepepan es muy tranquilo, acaba usted de llegar al mejor lugar, créame.

—¡Jefa! Yo no pedí mi traslado. ¡No quiero estar aquí! Yo estaba bien en Santa Martha, además, ¿por qué no me avisaron con tiempo para sacar mis cosas?

—Tere, la comandante de Santa Martha ya tenía conocimiento de su traslado.

Sentí morirme; todas eran unas farsantes, mentirosas y convencieras, pero finalmente ya estaba en el Psiquiátrico de Tepepan. Resonaban en mis oídos las últimas palabras de la comandante de Santa Martha: “Usted es muy fuerte e inteligente y donde quiera que esté sabrá salir adelante; usted puede con esto y más”.

Era mi nueva cárcel después de sobrevivir en el Preventivo Femenil Oriente durante nueve años, y cinco en el Femenil de Santa

Martha Acatitla. Tenía que volver a empezar desde el principio, nada más que en este lugar era como cavar mi propia tumba.

¿De qué había servido haber llevado una conducta intachable, trabajar como burra de sol a sol, participar en todo? Al fin y al cabo, a la autoridad no le importa lo que haga uno. Mi libertad había sido coartada en más de dos ocasiones, a pesar de que mi delito no era grave. Había dejado mi salud y mi vida por mantenerme ocupada y buscar un beneficio de libertad, ¿y qué había resultado? ¡Nada, absolutamente nada! ¡Todo era un vil engaño!

Las autoridades y el mal gobierno nunca cumplen lo que prometen, utilizan a los internos para sus fines lucrativos y políticos. Suciedad, ¡más que suciedad!, destilan todos los funcionarios de este inmundo sistema penitenciario; corrupción por todas partes, degeneración, droga, perversión, humillaciones, vejaciones, pobreza de espíritu. Eso y más es esta porquería. ¡Aquí había llegado! ¡Sería mi fin o mi libertad! No lo sabía.

Los pensamientos recorrían mi mente como en una película, sentía impotencia por no poder escupirles a la cara a quienes me tenían en este lugar. El frío aumentaba. Yo había sido la última en pasar a revisión. Una vez más alcé la mirada al cielo tratando de buscar una respuesta que nadie me daba. “¡Mejor me hubiera muerto!”, pensaba. “¿Por qué no me hicieron efecto las pastillas? ¡Dios! ¿Qué más me falta por conocer? ¡Ya no puedo más! ¡No quiero seguir viviendo! Papá, ¿por qué no me llevas contigo, por qué me abandonaste a mi suerte?” Una voz me regresó a mi realidad: “Señora, muévase rápido”. Lentamente tomé la bolsa negra de plástico donde llevaba mis cobijas y algo de ropa. Mis piernas estaban pegadas al piso, me pesaban tanto que con dificultad arrastré la bolsa y entré, mientras a mis espaldas se cerraba otra puerta más para no volver a abrirse. Era el sótano que conducía a la torre médica de Tepepan y al Psiquiátrico, una torre fría, oscura, húmeda y polvosa, con olor a muerte y a olvido. Ya eran las siete de la mañana.

Después de la revisión nos habían instalado en unas celdas sucias con olor a orines, sin luz. Como animales nos metieron a ocho internas en cada una; sentadas en el suelo por el cansancio, sin dormir. Hasta ese momento recorrí con la mirada a cada una de mis compañeras y las fui identificando. Algunas me preguntaban para qué me habían trasladado, no comprendían el motivo. No contestaba nada, solamente las veía y lloraba. Fui recibida por los funcionarios de este centro como a las ocho y treinta de la mañana. Me dieron la bienvenida, puesto que me conocían por mi trayectoria y porque habían estado también en otros centros como funcionarios; también les extrañaba que me hubieran mandado a Tepepan si no estaba enferma, tenía buena conducta, era la más trabajadora y apoyaba en todo a mis compañeras de Santa Martha.

Fue entonces cuando me enteré de que la directora del Centro Femenil de Santa Martha y el Consejo Técnico Interdisciplinario habían hecho una lista de internas para el traslado, en la que yo había sido incluida. También participaron la directora de Prevención y Readaptación Social del Sistema Penitenciario, el director de Seguridad y Custodia y el director de Ejecución de Sanciones Penales del Distrito Federal; la Comisión de Derechos Humanos estaba al tanto. Decidieron cambiarnos de centro argumentando que éramos personas vulnerables y enfermas, y que nos mandaban aquí para seguir con nuestro tratamiento médico. Después de esta excelente noticia, me regresaron al sótano. Permanecí en ese lugar hasta las doce de la noche. El cansancio nos doblaba, así que a esa hora ya estábamos instaladas en el suelo, algunas sentadas en cuclillas, otras más tiradas en el piso frío y polvoso. Nos levantaron y, como en el ejército, nos proporcionaron una colchoneta y nos subieron a dormitorio.

Una vez instaladas y después del suntuoso recibimiento de las compañeras de Tepepan (serpentario), nos dispusimos a dormir. Mi sueño fue intranquilo; toda la noche mis lágrimas no cesaron. Los recuerdos de toda mi vida, por qué había llegado a la cárcel,

la muerte de mi padre, el abandono de mis hijos, de mi familia, de mi madre, de mis amigos, todo había quedado afuera. Había perdido todo: mi empresa, mis muebles, mi auto, mi dinero; todo por un abogado corrupto, ratero, que me dejó totalmente indefensa engañándome a mí y a mi familia.

¿Qué más me faltaba por vivir? Sentía el cuerpo lacerado, inerte. Mi cerebro recorría toda mi vida una y otra vez, mi corazón latía tan fuerte que sentía que no podía respirar, el sabor salado del llanto escurría por mi cara mojando mis labios como gotas de sangre. Recordaba a todas mis niñas, como yo les llamaba, a las compañeras que durante años siempre trabajaron arduamente conmigo, a la brigada de limpieza, al grupo de baile y de teatro que había formado, a mis alumnas de capacitación, a los empleados y funcionarios a quienes veía y saludaba a diario, a las jefas de seguridad, a los grupos de personas que tan amablemente entregan su labor altruista ayudando a las internas, a los padres de la Iglesia; todo se había quedado en Santa Martha.

Una mujer sin escrúpulos había decidido mi destino, sin importarle nada, sin saber que podía acabar con mi vida y la de mis compañeras, que estábamos indefensas; que a muchas nos perjudicaba en nuestra visita familiar, en nuestro trabajo, ingresos, capacitación, educación y, lo más importante, en nuestra salud. Esa mujer lleva el nombre de Clementina, quien únicamente cumplió con rellenar este lugar cubriendo un requisito burocrático con mentiras, porque nunca existió ningún programa establecido para la tercera edad o para personas enfermas; no existe la tan mencionada "torre médica" y esta propiedad tiene dueño.

Al día siguiente exploré el planeta a donde había aterrizado; era como la llegada del hombre a la luna. Aquí comienza la historia de terror que se vive en este lugar.

Bajé del primer piso de mi nave y, como una extraterrestre, me paré en la puerta de salida husmeando de un lado a otro y midiendo cada paso que daba. Caminé, la dirección no importaba,

jiba como idiota! A mi paso encontré compañeras que ya tenían tiempo viviendo en este centro; algunas me saludaban, unas me veían y se reían irónicamente, y otras más chismorreaban; escuchaba amenazas y palabras altisonantes. Nuevamente mis lágrimas se asomaron; no podía contenerlas. Parecía que cuando caminaba iba en cámara lenta; el espacio de este centro era demasiado pequeño, me sentía como un pájaro atrapado dentro de una jaula, sentía la respiración pesada, parecía que mis pies tenían plomo, era una sensación indescriptible, como si el estómago se pasara a las costillas. Yo estaba acostumbrada a caminar kilómetros y kilómetros, a subir y bajar escaleras, a respirar aire fresco; esto me parecía tan chico que me asfixiaba.

Recorrí todo el centro y me llamó la atención una de las áreas, donde a través de los cristales se veían personas que caminaban como sonámbulas. Pegué la cara a la ventana y quedé sorprendida al ver a compañeras que conocí en el Reclusorio Femenil Oriente y en Santa Martha totalmente embrutecidas, gordas, desaseadas, con los cabellos enmarañados, temblorosas, otras babeando. No me quedé con la duda y le pregunté a la jefa qué era ese lugar. Me contestó que era el área psiquiátrica.

—Pero, ¿por qué están así?

—¿Cómo?

—Pues así como borrachitas, si yo las conocí bien y no estaban así.

—No sé por qué las mandaron, pero si están aquí es porque son psiquiátricas.

Algunas cuando me reconocían me decían:

—Usted es doña Tere, ¿verdad?

—¡Sí! Soy yo —le contesté con un nudo en la garganta.

—¿Tú eres Dora Luz?

—¡Tere! —me interrumpió la custodia—. No puedes permanecer aquí, está prohibido, y menos tú que acabas de llegar.

—Gracias, jefa —le contesté.



Regresé a mi estancia llevando ese cuadro tan depresivo en mi mente. ¿Qué ocurría? ¿Qué era realmente este lugar? ¿A dónde había llegado? Sentí mucho miedo; me preguntaba si acaso yo tendría ese fin. ¿Sería una venganza de alguien haberme enviado aquí? Esa noche no dormí, desconfiaba de todo y de todos, estaba confundida.

Los obstáculos no se hicieron esperar. Aquí se me leyó la cartilla en la Subdirección Técnica:

—Tere, este lugar es muy diferente a Santa Martha, aquí es otro centro, con otras reglas, así que hay que empezar de nuevo.

“¡Mi madre —pensé— ahora sí que estoy en manos de mis enemigas.”

No sentí apoyo de nadie desde el principio, así que elaboré y presenté una queja ante la Comisión de Derechos Humanos, misma que me respondió y apoyó de inmediato. Con la presión de la Comisión, las cosas se empezaron a enderezar y no tuvieron otra alternativa que dejar de molestarme. He luchado contra viento y marea. Trataron de golpearme en dos ocasiones, pero nadie hizo caso de tal incidente. He recibido amenazas y humillaciones, algunas veces incluso maltrato, lo que me ha dado más fuerza y seguridad, porque el enemigo me dio la cara; todavía no hay enemigo de mi tamaño que pueda vencerme. He luchado por abrirme paso entre tanta mierda, porque conservo algo muy valioso: la lealtad y mi integridad como mujer; así que decidí apoyar a mis niñas de psiquiatría.

Transcurrido el mes de octubre, obtuve permiso para trabajar en dicha área y se me ocurrió la idea de formar un coro. Mi propuesta fue aceptada; al fin entraba al laberinto, a ese gran laberinto que era un reto para mí.

Los primeros días fueron difíciles, había que soportar todo, desde recibir el saludo con un beso de estas internas, hasta aguantar los olores a excremento, a sangre de menstruación y orines, escuchar balbuceos mientras la saliva se les derramaba por la boca; también había miradas suplicando un poco de amor y atención.

Entrar a psiquiatría es entrar a un mundo diferente, perder el miedo a lo desconocido, tener confianza, humildad y ofrecer ese trabajo a Dios, a quien a la vez le daba las gracias por permitirme llevarles un poco de alegría.

Ensayamos durante largas horas, algunas veces mis niñas llegaban caminando como robots, temblando, completamente dopadas, otras veces, agresivas; no era fácil la tarea que había emprendido.

Con los escasos recursos materiales y monetarios conseguí unos compactos con canciones navideñas y las grabé en casete; aunque ya no se utilizan, para el coro fueron indispensables.

Saqué copias fotostáticas de las letras y le di a cada una un juego con las diez canciones. Me quedé sorprendida al ver que la mayoría de las integrantes sabían leer. Entonces planeé apoyarme con ejercicios físicos, respiraciones y vocalización. Grande fue mi sorpresa con los resultados que obtenía cada día; había conseguido que las chicas cantaran tan fuerte que me inyectaban esa energía por todo el cuerpo. Veía sus rostros alegres, había sonrisas y esperaban con ansiedad la hora del ensayo. No puedo negar que fue muy gratificante para mí tal experiencia. Ya había olvidado los olores de aquellas niñas dopadas; algunas ya no temblaban, sino que bailaban, aplaudían, me abrazaban y me daban un beso. Esa emoción es incomparable, la satisfacción por mi labor. Tenía que llegar a este lugar para conocer a estas chiquillas, inocentes, perdidas en su mundo. Me habían contagiado y me había entregado a ellas; ésa era mi misión.

Ese mismo mes fui invitada a participar en el Festival Hispanoamericano de Pastorelas que cada año se llevaba a cabo en todos los reclusorios de la República mexicana. Fue la primera buena noticia después de tanta lucha; así que se me ocurrió escribir una pastorela para montarla con mis niñas de psiquiatría. El coro ya tenía nombre: Grupo Libertad, pero ahora había que montar la pastorela y me preguntaba si serían capaces de memorizar algún texto. Le pregunté a la encargada de eventos culturales, ya que

ella tenía muchos años en este centro y no había otra persona que las conociera mejor. Me contestó: "Mire, doña Tere, a las internas de psiquiatría sólo las utiliza doña Esperanza en las pastorelas de la institución, y sirven de pastoras; las viste y ellas no hablan, su participación sólo consiste en pararse en el escenario con las demás". Me dirigí a Psiquiatría y les pregunté a mis niñas si querían participar en una pastorela. Les dio mucha alegría que las tomara en cuenta, así que, manos a la obra. La pastorela se llamaría Milagro de fe porque realmente se trataba de un verdadero milagro, Dios estaba conmigo; siempre lo ha estado, pero yo tenía los ojos cerrados.

Los ensayos fueron agotadores. Se aproximaban las fiestas decembrinas y la nostalgia comenzaba a invadirme. Los recuerdos me lastimaban y, en algunas ocasiones, en los ensayos se me salían las lágrimas. Imágenes iban y venían, pero, a pesar de eso, seguí adelante. Mis niñas me daban el consuelo que necesitaba; cuando les leía el libreto, también algunas recordaban su pasado y me preguntaban cuándo se iban a ir a sus casas. Alguna de ellas había llegado aquí por robar inconscientemente, y habían sido golpeadas, arrastradas por los policías y, como se defendían agresivamente, las llevaban a la delegación y de ahí directamente a este Psiquiátrico. Les administraban mal el medicamento y las inyecciones, pero ellas no podían hacer nada. Algunas me decían que ya no se tomaban las pastillas, que las tiraban. No les daban el medicamento adecuado porque no lo hay, y los custodios y custodias las sometían a malos tratos, golpes, gritos y regaños; no tenían piedad de ellas.

Cuando cantaban, algunas lloraban porque recordaban las navidades con su familia, a sus esposos que las habían abandonado en este lugar. Me dolía mucho escucharlas y verlas así, pero tenía que seguir adelante. Llegó el esperado 24 de diciembre; se hicieron los preparativos para festejar la Navidad. Mis niñas tenían que cantar, así que les pedí que se bañaran bien y lavaran su ropa. Les

obsequié una mitad de jabón perfumado, desodorante y un poco de loción. Las técnicas les habían elaborado unos gorros rojos con una borla blanca de Santa Claus y se veían súper; estaban muy felices. Llegada la hora entonaron las canciones navideñas que habían aprendido. Las compañeras y autoridades estaban sorprendidas por el avance que habían tenido; recibieron muchas felicitaciones, pero nadie les dio un regalo. Hasta la cena de Navidad estuvo pobre; dieron carne de puerco enchilada a quien alcanzó, pero yo me sentía satisfecha con mi trabajo.

Regresé a mi estancia a llorar de rabia por no estar en Santa Martha con mis compañeras. Aquí me sentía sola, casi nadie me hablaba, mi familia no me visitó por la lejanía del lugar; así que mi soledad era aún más grande. Recordaba los años felices con mi padre y mis hijos, festejando esas fechas con piñatas y una cena; ahora estaba sola, la más sola del mundo.

Ni siquiera tuve ganas de cenar ni de dar abrazos a nadie porque no soy hipócrita. Me acosté y mojé mi almohada con mis lágrimas. Un gran dolor en el corazón y en el pecho me invadían, deseaba morir, cerrar los ojos y nunca más abrirlos, borrar de mi mente toda esta basura, esta mierda que estaba a mi alrededor. Esa noche fue terrible para mí. Al día siguiente me levanté con los ojos hinchados de tanto llorar; recorrí las áreas verdes alzando mi cara al cielo, tratando de encontrar algo o a alguien. Sentí un aire suave sobre mi cara y poco a poco fui volviendo a mi realidad. Esta cárcel era para mí un panteón; mi tumba estaba cavada aquí y yo sepultada en vida, olvidada sin siquiera una flor ni una escupitina mojando la tierra. No podía obligar a mis hijos a querer visitarme; no todos son iguales ni tienen los mismos sentimientos. Al contrario, solamente merezco recibir reproches, que bien ganados los tengo por haberlos abandonado a tan temprana edad, por no haber estado con ellos en los momentos más difíciles de su vida, por no haber compartido sus triunfos, sus tristezas, su alegría, por no haberlos visto crecer. ¿Qué podía yo exigirles? Nada, y me

preguntaba si no estaría también mejor en el Psiquiátrico, dopada como mis niñas. ¿Quién sufría más, ellas o yo?

Volví a mi realidad y miré a mi alrededor, el panorama que tenía era de árboles de aguacate, granadas, nopales y rosales, tristes e incomibles, dañados por la tristeza y el encierro de tanta gente; hasta ellos sienten en sus raíces el dolor de cada una. Aquí las rosas florecen y se marchitan inmediatamente porque no hay frescura, ni rocío de la mañana; sólo persisten los orines de los cientos de gatos que habitan el lugar, únicos testigos de tanto sufrimiento y dolor.

“Dios, dame fuerza para seguir viviendo y luchando, no hagas que desfallezca.”

Por la tarde regresé a Psiquiatría; era hora de ensayar la pastorela. Antes de entrar respiré profundamente y, con una sonrisa en los labios, llamé una a una a mis niñas. Nos dirigimos al auditorio y les enseñé a moverse arriba del escenario para que no tropezaran y se fueran a caer. Araceli, Eréndira, Vanessa, Adriana, Susana, Claudia, la Bernie, Carmen y Araceli Córdoba eran las artistas de la pastorela. Todas participaban, los tres Reyes Magos, José y María, el diablo y los pastorcillos. Era la historia de un nacimiento en vivo y cada pasaje iba acompañado de un villancico. Por fin había llegado el tan esperado día, pero había otro problema más importante: no había vestuario para ellas. Los otros grupos de teatro les tenían repudio a mis niñas y se expresaban así: “¿Cómo se van a poner la misma ropa que nosotras? ¡Apestan!”

Un día antes de la presentación, recuerdo muy bien, eran como las once de la noche y fui llamada urgentemente a la Dirección. Estaba nerviosa e intrigada, no sabía por qué me hablaban tan noche, pero me llevé una agradable sorpresa cuando la directora me dijo:

—Tere, sé que presenta sus pastorelas el lunes a concurso.

—Sí.

—¿Y ya tiene usted vestuario? Porque por ahí supe que no tenía ropa para su grupo.

—¡No! No tengo vestuario, pero no se preocupe, que salgan con su ropa, nada más que la laven, al fin al actor no lo hace la ropa, sino lo que representa.

—Tiene mucha razón —respondió—, pero tenga esta bolsa. Son unas telas que están donando para su vestuario. A ver qué puede hacer con ellas.

No recuerdo si le di las gracias, pero estaba tan emocionada que saqué las telas de la bolsa inmediatamente; eran satinadas, de colores, verde, amarillo, rosa, azul, blanco, morado; eran alrededor de veinte metros. Sentí tanta alegría que me despedí, ahora sí, dando las gracias, y corrí a mi dormitorio. Ahora, ¿quién iba a coserlas? Era domingo. Corrí a la estancia de Josefina; ella tenía máquina, pero yo no tenía dinero para pagar la hechura y, además, el tiempo nos comía.

—Jose, ¿le puedo pedir un favor?

—Sí, Tere, dígame.

—Ay, Jose, me da mucha pena molestarla, pero quiero ver si me puede coser un vestuario para la pastorela de Psiquiatría.

—Sí, pero, es domingo, ¿para cuándo lo quiere?

—Para mañana; es el concurso de mis niñas.

—Bueno —me contestó—, yo coso, pero ¿quién va a cortar?

—¡Yo! —respondí inmediatamente—, sé algo de corte.

—Pero no creo que acabe, ¿cuántos vestidos son?

—No son vestidos, son túnicas; todas son iguales y únicamente combinamos los colores para cada una, son ocho.

Al día siguiente, manos a la obra. Cortamos muy temprano y en la noche me entregó las túnicas.

—Jose, no tengo para pagarle en este momento, pero ¿cuánto me va a cobrar?

—No se preocupe, si esto es para Psiquiatría, yo no le cobro nada, únicamente quiero mi constancia.

—Gracias, muchas gracias, Dios se lo pague, no sabe del apuro que me sacó.

Esto era otro milagro. El lunes desde temprano se bañaron y las maquillamos y vestimos; se veían preciosas. Adapté el vestuario y salimos al escenario. Todo salió a pedir de boca. Hubo muchos aplausos y admiración de las autoridades del sistema penitenciario que nos honraron con su presencia. También estuvieron la licenciada Oseguera de la Subsecretaría y la directora de Prevención y Readaptación Social, la maestra Clementina, la misma persona que me había enviado a este lugar.

Además de la pastorela de Psiquiatría, también presenté la de población, titulada Dos ángeles en apuros. Obtuve un doble reconocimiento del Festival Hispanoamericano de Pastorelas. Entre abrazos y aplausos di fin a una titánica lucha para encontrar la salida del laberinto que cada una, como seres humanos, formamos de alguna manera. No hay frontera que no se pueda cruzar, no hay obstáculo que no se pueda vencer, no hay salida que no se pueda encontrar. En enero de este año (2010) recibimos la noticia de que los grupos de Psiquiatría y población habíamos obtenido el primer lugar nacional con una primera actriz y una mención muy especial que se me entregó de parte del licenciado Arturo Morel, presidente de la Fundación Voz y Libertad y fundador del Festival Hispanoamericano de Pastorelas. Di las gracias a mi Dios porque todo fue obra suya.

Todo trabajo tiene una recompensa.  
Dios es mi fuerza y mi fortaleza.

## 7. Fragmentos de un diario

21 de octubre de 2008

Hoy es un día maravilloso, se estrena nuestra puesta en escena Cats. Se reunirán como invitados muchas personalidades, como

Bruno Bichir e Itari Marta, que fueron los artistas que apoyaron el proyecto desde un principio; incluso invitaron a otros actores a su programa Par 64 de canal 40, así como del Foro Shakespeare.

Estoy nerviosa por el estreno y porque yo también actuaré en el papel de Grizabella. Sara también está nerviosa. Los trajes ya están listos; nos quedaron increíbles, al igual que las pelucas. Todo está programado a las doce del día. Siento mariposas en el estómago. Hoy también es cumpleaños de nuestra directora, la licenciada Margarita Malo; ella es una persona muy querida por toda la población y el apoyo que nos dio para esta obra fue increíble, tiene un concepto muy amplio del arte y la actuación. Más que una directora, ha sido una buena amiga que nos ha sabido comprender y siempre ha tenido una palabra de aliento para todas.

Yo no soy actriz, estoy aprendiendo, pero ahora entiendo lo que sienten las actrices y actores cuando hay estrenos o presentaciones. La emoción es única.

¡Por fin llegaron los invitados! La prensa, la tv; para nuestra sorpresa, también viene la licenciada Celina Oseguera, subsecretaria del Sistema Penitenciario del Distrito Federal. Son las doce; todo es correr. Había una sorpresa que no le habíamos comunicado a nuestra directora. El licenciado José Luis Castro y yo le habíamos contratado un mariachi para Las mañanitas, pero Sara, siempre metiendo la cuchara, me dijo enojada:

—¡Teresa! ¿Por qué no me dijiste lo de los mariachis?

—Porque no —le contesté molesta.

—¡Idiota! Eso nos va a restar importancia en la presentación de la obra.

—¿Ah sí? ¡Pues qué pena me da tu caso! Figúrate, el estreno de la obra y los mariachis son para festejar a nuestra directora, no para hacerte publicidad a ti.

—Pues ya no voy a salir.

—¿Y qué quieres? ¿Qué te ruegue? ¡Estás más que idiota! —le dije—. Si tienes responsabilidad, vas a salir; además, viene la

licenciada Celina para que vea que también actúas. ¿O no es eso lo que quieres?

Ya no me contestó. Dieron la primera llamada. La escenografía fue todo un arte; el Foro Shakespeare nos la prestó, con todo y escaleras, estaba súper, más que súper.

Eran las doce y treinta y no habíamos comenzado. ¿Qué pasaba? No bajaban los mariachis por el caracol; acaba de llegar la licenciada Celina. De repente vi que hizo una llamada y se me comunicó que no habría mariachis, que la licenciada no había autorizado la entrada. “¡Me cago en...!” Recibí entonces la orden de comenzar la obra. Estaba de mal humor, pero la función debía seguir. Con lágrimas en los ojos, comenzamos; estar tan sensible me ayudó a interpretar mi papel.

Todos los funcionarios se habían sentado al frente. El auditorio estaba lleno; había gente por todos lados, arriba, abajo del caracol, por las ventanas de las oficinas; también tuvimos la oportunidad de invitar a nuestras familias. Vi a mi hermana Alma, a mi hija Maribel, a otros amigos invitados, a mi gran amigo y director de teatro Jesús Jiménez Martínez, a Luis Manuel. La obra es sensacional, fue uno de los más famosos musicales de Broadway y ahora yo la había puesto en escena.

Tenía una rodilla bastante lastimada porque tuve desgaste de cartílago y mis huesos están muy dañados, así que cojear era natural; mi papel lo ameritaba. Por fin salí a escena. El papel que interpretaba era el más importante, puesto que es la gata Grizabella, protagonista de la obra. Trata de la historia de la gata más bella del vecindario que cambió su vida por andar rondando en hoteles y bares de la ciudad, dándose la gran vida. Al regresar, maltrecha, herida y lastimada, fue escogida por el gato Matusalén para ir al Edén Sideral. Además, me tocaba interpretar la canción Memory, pero en español. En México ese papel fue interpretado por la actriz Itatí Cantoral. Ésta es la letra de la canción:

Luna, mira el brillo de luna,  
ilumina el camino  
ilumínalo ya.  
Si ahí encuentras  
la esencia de la felicidad  
otra vida nacerá.  
Vago sola con el recuerdo  
de mi vida hermosa  
de mi espléndido ayer.  
Si ahí encuentras  
la esencia de la felicidad  
otra tarde morirá.  
Toca, sólo toca mi mano  
moriremos felices  
mi recuerdo y yo.  
Y al tocarme encontrarás  
la esencia de la felicidad  
y otra vida, morirá.

La obra fue un verdadero éxito. Hubo muchos aplausos, abrazos y felicitaciones; me sentí grande, como una verdadera estrella de Hollywood, aunque fuera la cárcel de Santa Martha. Siempre que hago teatro me transporto a otro mundo.

Nos tomaron muchas fotografías. Estoy muy satisfecha. Recibí muchos elogios, un arreglo floral y el calor de los abrazos de la gente, tanto conocida como desconocida. Fue mi consagración como actriz. Mi amiga Itari se acercó y, abrazándome, me dijo: “Muchas felicidades, la obra fue un éxito. Pero con ésta nos despedimos del programa Par 64. Nuestro productor nos lo canceló por haber apoyado a la gente de la cárcel; a cambio de ese apoyo quería que obtuviéramos las historias de ustedes, con lo que Bruno y yo no estuvimos de acuerdo, y fue el detonante para que nos quitaran del aire. Pero no te preocupes, mi Tere, seguimos en el Foro y desde ahí las vamos a seguir apoyando.

Pensé en voz alta: “¡Qué desgraciada es la gente! Sólo piensan en el dinero a costa de lo que sea, sin importarles que seamos mujeres”. Me dolió mucho que por nuestra culpa estos dos excelentes seres humanos hubieran sacrificado su programa; fue un gran ejemplo de humildad y sacrificio. Como una prueba más de apoyo, me regalaron un cuadro con la virgen de Guadalupe y una dedicatoria que decía: “A las chingonas del grupo de teatro Turquesa, con todo cariño de parte de Itari y Bruno”.

Estoy agotada, quiero dormir; hoy disfrutaré mi sueño. Te amo, Dios, gracias.

Del 24 al 31 de diciembre de 2008

Como todos los años, en estas fechas me lleno de nostalgia, recuerdos, añoranzas. Todavía mi corazón sufre porque estoy lejos de mis seres queridos; aquí no hay amigas. En esas fechas, más tratan de lastimarme. Sigo ensayando día con día, preparándome para concursar en el Festival Hispanoamericano de Pastorelas. Mi grupo de teatro está muy animado. Después de la presentación de *Cats*, descansamos como veinte días y ahora ensayamos a diario para la pastorela, de seis a ocho de la noche.

Hay un grupo de cristianos que nos boicotea todas las tardes con sus brincos y gritos en las alabanzas. Dicen que somos hijas del chamuco, o sea, del diablo. Además, ponen la grabadora muy alto, le suben todo el volumen. Batallamos mucho para ensayar; todos los días hacemos corajes.

También estamos rodeadas de envidias. Otros grupos de teatro que pretenden copiar nuestros ensayos y dinámica se han dado a la tarea de pedir el mismo horario para ensayar y le suben todo el volumen a la grabadora. Las enemigas están por doquier, pues con esa guerra de grabadoras no se oye ni una ni otra; y para acabar de completar el cuadro, está la gente de la capilla católica con otra grabadora y micrófono, todo en la Sala de Visita familiar. La usa un grupo

de alcohólicos, los testigos de Jehová, el maestro de teatro Memo que viene de la calle y ensaya en el lugar del asta bandera, y a las siete de la noche la maestra Chela, que ensaya con la banda de guerra con tambores y cornetas. ¡Oh, cielos! Esto sí que es un manicomio.

Están festejando la Navidad, un día especial. En este lugar no hay amor ni fe. A mi lado pasan mis compañeras y me dicen: “Feliz Navidad, doña Tere”, pero suenan tan falsas sus palabras que ni siquiera volteo a verlas. Ojalá este día se pase rápido. Llegué a mi estancia y, ¡oh, sorpresa! Sara con su escándalo, la grabadora a todo volumen, mesas en el pasillo, unas bailando, otras hasta el full de droga, otras más consiguieron botellas de Corralejo que las mismas custodias metieron y las vendieron en ochocientos pesos, otras chillando. ¡Qué cuadro! ¡Me quiero largar de aquí! Todo esto huele a podrido, parece un cuadro de la Biblia: Sodoma y Gomorra.

Enero de 2009

Todo el mes de enero transcurrió con la misma rutina, no hubo acontecimientos relevantes.

Febrero de 2009

Hoy presentamos nuestra pastorela. Estuvo muy buena, lástima que no tuvimos mucho apoyo por parte de eventos culturales. No estuvo nuestra directora y la organización fue fatal. El vestuario fue diseñado por mí; la tela nos la obsequiaron Bruno Bichir e Itari Marta del Foro Shakespeare. Las chicas pusieron mucho empeño en esta presentación. Lástima que las autoridades no aprecian nuestro trabajo. El resto del mes fue normal, todo transcurrió como siempre.

30 de marzo de 2009

## Mi Ángel

Estuve en eventos culturales con el licenciado Cassio. Son casi las doce del día; hicimos planes para las nuevas obras. De pronto escuché voces, y pensé: "Esa voz yo la conozco".

—¡Tere Chávez!

—Me levanté de la silla y me dirigí a la puerta de la oficina. Ante mí estaba nada menos que la jefa Angélica. Simultáneamente extendimos los brazos y nos abrazamos, sonriendo y gritando.

—Jefa Angie, ¿usted aquí?

—Sí, Tere, soy la nueva comandante de Santa Martha.

—Bienvenida, no sabe qué gusto me da que haya venido a este lugar.

—¿De veras?

—Sí, jefa —le contesté—. ¿Cuándo llegó?

—Llegué hoy y voy a pedirle que por favor ponga a una persona a limpiar mi oficina y la recámara, porque están muy sucias.

—No se preocupe, yo misma voy a limpiar. Mañana estoy a primera hora.

Ése fue un día muy feliz para mí, pues hacía trece años que no la veía, desde que ella era subcomandante en el Reclusorio Femenil Oriente y la habían transferido al Centro Femenil de Tepepan. Fue la mejor noticia en mucho tiempo.

Abril de 2009

Me presenté muy temprano a Jefatura. El recibimiento por las jefas fue muy halagador. Hoy fue mi primer día de trabajo. Llegué a las nueve de la mañana y terminé a las cinco de la tarde. Ensayamos en el auditorio; estamos repasando la obra *Cats*.

Siempre hay un negro en el arroz y éste se llama Sara. Ella estaba muy enojada porque yo trabajara directamente en Jefatura y, más aún, con la jefa Angélica, a quien Sara consideraba su peor enemiga. Así que me pidió que le pusiera otra persona para que les hiciera el aseo. Me opuse rotundamente, lo que la molestó y comenzó a ocasionar problemas en el grupo de teatro.

2 de abril de 2009

Hoy comencé a pintar el baño. Todo el día estuve en Jefatura. Salí a las cinco de la tarde a ensayo. Sigo con problemas con Sara y ya comenzaron a faltar algunas compañeras.

3 de abril de 2009

Sara boicoteó el ensayo con el grupo de Memo. No dejaron ensayar; subió el volumen de la grabadora y no pudimos hacer nada.

4 de abril de 2009

Todo el resto del mes Sara se dedicó a molestar y a causar enfrentamientos en mi grupo de teatro.

3 de mayo de 2009

Sara me levantó un falso. Le dijo a la subdirectora técnica que no quería que se presentara nuevamente la obra *Cats*. Seguí pintando la Jefatura.

10 de mayo de 2009

Hoy presenté unos bailables folclóricos con algunas integrantes del grupo. Sara estuvo burlándose en la Sala de Visita, se ha convertido en mi peor enemiga.

21 de mayo de 2009

Hoy invité a las tres funcionarias (la directora, la subdirectora técnica y la jefa de Seguridad y Custodia) a un convivio con el grupo de teatro que represento. Solicité que lo amadrinaran. La licenciada Marta, Serafín y la comandante Angélica nos compraron un pastel de fresa y nosotras hicimos unos sándwiches y compramos refrescos. El convivio estuvo padrísimo; fue un honor que aceptaran.

3 de junio de 2009

Hoy rompimos definitivamente toda relación de compañerismo Sara y yo. Nos declaramos la guerra. Sigo pintando la Jefatura.

6 de junio de 2009

Después de catorce años, hoy estuve bailando; conviví abiertamente con mis compañeras.

7 de junio de 2009

Hoy me llevé una sorpresa; mi jefa se fue de vacaciones. Sigo pintando su recámara y haciendo el aseo. Me enteré de que Sara dijo que yo era "chacha" de las custodias y que hasta los platos les lavaba. Me sigue molestando en los ensayos; es muy fastidiosa.

8 de junio de 2009

Hoy decidí cambiar la jugada. Voy a poner otra obra en escena: Monólogos de la vagina. Me puse a dieta rigurosa. Convoqué a ciertas chicas a integrarse al grupo de teatro Turquesa. Les propuse hacer esta obra y todas aceptaron.

9 de junio de 2009

Los ensayos son a puerta cerrada; nadie debe enterarse de lo que estamos haciendo. Le llamé a Chucho Jiménez y le pedí su valiosa aportación para este proyecto. Sara me sigue molestando constantemente. Sigo haciendo el aseo en Jefatura. Ensayo de cinco a ocho de la noche.

10 de junio de 2009

Extraño mucho a mi jefa. La jefa Cata, Marisol y Pao son muy buenas conmigo. Terminé de pintar de blanco la recámara de la jefa Angie. Estuve con la licenciada Serafín y la directora haciendo los preparativos para la puesta en escena de Monólogos de la vagina. Las chicas están escribiendo sus propias historias para hacer la obra más original.

26 de junio de 2009

Se suspendió el estreno de la obra; se cambió la fecha hasta nuevo aviso. La jefa Angélica sigue de vacaciones. Ya bajé nueve kilos; la dieta ha sido muy dura, pero conseguí mi objetivo. Estoy enamorada.

29 de junio de 2009

Hoy regresó de vacaciones la jefa Angie, llegó a las ocho y treinta de la mañana; me dio mucho gusto. Trajo un pastel porque es cumpleaños de la jefa Pao. Como todos los días, antes de hacer el aseo en Jefatura, tuve la brigada de limpieza. Me tocó limpiar el pasillo del apando y el apando, los pasillos, auditorio, el octógono, área de talleres, dormitorio de seguridad, gobierno... ¡Uf! Estoy agotada.



Llegué a las trece horas a Jefatura. Saludé a las jefas, limpié las oficinas; terminé a las cinco de la tarde.

Fui al auditorio a ensayar. Me llamó urgentemente la directora y me dijo:

—Tere, no se va a presentar la obra *Monólogos de la vagina*. Hay un oficio; quieren demandar por derechos de autor.

—¿¡Qué?! —le dije sorprendida—. No puede ser, nunca hemos tenido problemas y vaya que he presentado otras obras importantes como *Cabaret*, *Romeo y Julieta* y *Cats*.

—Pues mire —enseñándome un oficio—, léalo usted misma; está dirigido a la subsecretaria, a la licenciada Celina Oseguera y a una servidora. Vea lo que dice.

Efectivamente, decía que no se podía poner en escena la obra *Monólogos de la vagina*, que tenía que pedir la autorización para derechos de autor.

—Pero si no se cobra —argumenté—. Además es cultura, es para la población interna.

—Pues sí, pero no se presenta.

Días antes yo había comentado que íbamos a pedirle a la conductora de televisión Mónica Garza que nos hiciera el favor de asistir y ser nuestra madrina, ya que ella estaba presentando la misma obra en teatro, y queríamos saber su opinión respecto de nuestra puesta en escena.

Creo que ése fue el detonante. Sara conocía a esta persona y a través de ella se unió con Isaura y Sandra para boicotear la obra. Ya estaban hechas las invitaciones y se habían entregado a los(as) directores(as) de todos los centros penitenciarios. Teníamos un verdadero problema, mientras Sara y su gavilla saboreaban su éxito en el sabotaje.

Toda esa semana estuvimos de capa caída, no ensayábamos, no sabíamos qué iba a pasar, pero una noche me llamaron a Dirección; era la licenciada Serafín, subdirectora técnica, ella siempre apoyó nuestro proyecto, así que también era partícipe de este grave problema.

—Buenas noches, licenciada, me mandó usted llamar.

—Sí, Tere, siéntese, le tengo una propuesta.

—¿Propuesta para qué? —le dije molesta.

—Pues para su obra. Mire, me acaba de llamar la licenciada Marta, nuestra directora, y me pidió que le preguntara si le gustaría cambiarle el nombre a su obra.

—¿Cambiarle el nombre?

—Sí. Y así la podemos presentar. Es una buena propuesta, ¿qué le parece? Me dijo la licenciada Marta que ahorita que iba manejando se le ocurrió un nombre.

—¿Y cuál es?

—*Monólogos en la intimidad*.

—Perfecto, ese nombre le queda más, puesto que es una obra hecha por nosotras mismas, además me suena más interesante. Dígame que sí, y cuando la presentemos...

—Bueno, primero le voy a llamar para decirle que sí aceptó. Ahora hay que ver si la subsecretaria, la licenciada Celina también la acepta.

Mis enemigas habían querido hacerme un mal y al final me favorecieron. Si no querían que se supiera mi nombre, ahora era conocido por mucha gente importante. Me despedí de la licenciada y regresé corriendo de gusto por todo el pasillo que conduce a dormitorios. La narcosatánica no se había salido con la suya. Cómo es la vida; Dios es único. Hoy dormiré como un león después de cacería.

30 de junio de 2009

Hoy es día de visita. Me levanté desde muy temprano, me di una ducha y córrele, a limpiar con la brigada todas las áreas.

Son las diez de la mañana; hay que poner el bazar (lugar donde se venden las manualidades que elaboran las internas en los talleres de capacitación; esto les genera un ingreso); también estoy encargada de eso. Son las once. Llego a Jefatura; están desayunando

las jefas. Me pongo a limpiar, comienzo por la recámara y el baño. Llevo un obsequio para mi jefa Angie, es un Simba café de peluche; quiero darle la sorpresa. Ella ha sido como mi ángel protector desde que llegó y le tengo un cariño muy especial y mucho respeto, siempre la he admirado.

Cuando terminé el aseo, la llamé:

—Jefa, ¿puede venir un momento? —se acercó y le puse el Simba en sus manos—. Éste es un huerfanito y anda buscando una mamá. Lo tomó tiernamente en sus manos y lo puso sobre su cama. “Le gustó”, pensé.

—Gracias, está muy bonito y ya encontré mamá.

Nos reímos y me dirigí a la Sala de Visita al bazar. En medio de la sala estaba mi enemiga, me miraba con odio y con desprecio, burlonamente. Luego llegaron Isaura y Sandra y las tres soltaron una carcajada sarcástica. Lo que no se imaginaban era que su maldad no había tenido éxito, sino todo lo contrario, había generado más expectación entre la población interna. Nuestras compañeras preguntaban constantemente qué había ocurrido con la presentación y esperaban que pronto se diera el estreno, ya que muchas de ellas habían visto los ensayos; siempre había público mirándonos ensayar.

21 de octubre de 2009

Con una sola orden se me indicó una estancia; me instalé. Ya eran casi las dos de la mañana. Pregunté si había camas, pero me dijeron que no, que poco a poco, como se fueran desocupando, me darían una. Coloqué el colchón en el suelo; estaba muy duro. Me preguntaba si después de tantos años en la cárcel todavía me faltaba pasar por más penalidades. Cuando estuve en el Femenil Oriente tenía cama de piedra, en Santa Martha siempre tuve cama de lámina y ahora, en este lugar, en el suelo. Cómo da vueltas la vida; en lugar de ir para adelante voy para atrás.

22 de octubre de 2009

Al día siguiente contemplé el ir y venir de mis compañeras de dormitorio. Era chistosísimo, parecía que bailaban ballet, caminaban sin hacer ruido, hablaban tan bajito que no se les oía nada, unas andaban en pijama o en bata con pantuflas. Me paré fuera de la puerta de mi estancia y las observaba, era como si estuviera en Las Lomas, pero de las pobres. Más tarde se me comunicó que si no quería comer la comida de rancho, había dos compañeras que cocinaban y te daban de comer de acuerdo con tu horario, lógicamente pagando tu cuota fija de ciento ochenta pesos por semana.

Eran las diez y treinta de la mañana, jueves, día de visita. Tenía que apresurarme porque venían de visita mis hijas Aidé e Ivonne; deseaba con toda el alma verlas. La soledad hace apreciar y valorar lo que más amas en la vida y que puedes perder en un momento. Llegaron puntualmente; su abrazo fue lo más tierno y franco que he tenido en mi vida. Lloramos juntas; ellas sabían que el traslado me afectaba mucho; era un cambio terrible y trataban de consolarme.

Me dejaron algunas cosas de uso personal y ropa. Estuvieron sólo dos horas porque debían regresar a su trabajo. El resto del día me la pasé en las oficinas de Psicología, Criminología, Pedagogía, Trabajo social, etc., haciendo exámenes de nuevo ingreso, cosas como todo tu árbol genealógico, amores, pasado, presente y futuro. Dieron las nueve de la noche y me preparé para dormir después de dos días tan agotadores, pero no contaba con la astucia de mis compañeras, pues se nos “invitó” a “producto de gallina” a una junta.

Las compañeras salían como ratones de sus agujeros. Ya que estuvimos reunidas todas las compañeras del “Restaurante Tepapan”, nos dieron la bienvenida y se nos leyó la cartilla. ¡Oh, santo cielo! Había que pagar setenta pesos por aseo, treinta para las bolsas de la basura y treinta por el aseo de la cocina, la ocuparas o no. Si no aceptaba, me acusarían con los funcionarios de la Dirección,

quienes estaban de acuerdo con esto, para que me cambiaran de dormitorio.

Como a las doce de la noche llegó Seguridad y Custodia, y ahí les va el primer movimiento. A todas las internas que acabábamos de llegar se nos cambió nuevamente a otra estancia. Parecíamos hormigas bonavenitas, todas con colchón bajo el brazo.

23 de octubre de 2009

Tercer día. Aparte de todo lo anterior, existía algo más corrupto: había internas que tenían concesiones de venta exclusiva, como la del chocolate, el bazar, la venta del material (era la misma interna quien manejaba todos estos productos), también de acuerdo con la autoridad. Ella es una persona de aspecto indeseable, pesada, oportunista y a la que le gusta que le tengan lástima, ya que, según ella, no tenía dinero ni visita, y había ocasiones en que no alcanzaba desayuno ni comida. Claro, todo esto era mentira, así que me eché ese trompito a la uña y me dije: "¡Teresa, es hora de actuar!", casi casi como el protagonista de la película Corazón valiente o Robin Hood.

24 de octubre de 2009

Son las cinco y treinta de la mañana, acabo de levantarme, me duele la espalda. No pude dormir porque de compañeras de colchón tuve unas asquerosas cucarachas que compartieron la noche conmigo o, más bien, me dieron la bienvenida. Me dirijo al baño comunitario, abro la llave de la regadera y sale una deliciosa agua caliente; me desvisto y me pongo bajo el chorro de agua; me relajo y las lágrimas empapan mis ojos junto con el agua. Quiero lavar todo mi pasado con el jabón que se desliza sobre mi cuerpo. Cómo extraño a mis compañeras que dejé en Santa Martha; no me pude despedir de nadie. Extraño mi trabajo,

mi grupo de teatro, a Cata, Pao, Mari, pero más a mi única y verdadera amiga: Angie. Lloré tanto que mis lágrimas bañaron mi cuerpo. Salí del baño y llegué nuevamente a mi estancia. Al verme, mis compañeras me preguntaron qué me pasaba. Mis ojos estaban hinchados y tenía un nudo en la garganta. Todavía no aterrizaba, no comprendía lo que había sucedido. Me vestí y salí a dar una vuelta. No había mucho qué conocer ni dónde caminar; era demasiado pequeño el espacio, me asfixiaba. A las once de la mañana me llamaron de Trabajo Social para que actualizara mi kárdex, y de nuevo a llorar.

Llegó la hora de comer; todo era muy deprimente. Por primera vez tenía que comer en una charola larga con compartimentos de color azul, se me figuraba una charola para perro.

25 de octubre de 2009

Me baño, desayuno rápidamente y voy a Criminología a mi entrevista. La criminóloga es una persona de aspecto agradable, alta, muy delgada, con una sonrisa amable. Empiezan las preguntas de rutina. Volver a recordar todo tu pasado y presente, llorar nuevamente. Han pasado casi cinco horas y todavía no puedo terminar. Son ya las seis de la tarde, no hay nada que hacer, la vida aquí es monótona, las mismas caras, los mismos pasos, tal pareciera que soy androide. Sé que no voy a dormir, pero lo intentaré.

26 de octubre de 2009

Prendo la tv y me pongo a ver las noticias del día. Me voy a bañar; no oigo nada, la tv tiene volumen, pero no le pongo atención. Mi pensamiento está en otro lugar. Extraño y siento mucho dolor. No ha pasado nada extraordinario, parece que estoy en otro planeta, veo ir y venir gente que no conozco, no veo sus rostros, no me interesa nada, me fastidian, les tengo fobia.

27 de octubre de 2009

No parece ser un día especial, es como todos los días, monótono. Transcurre la mañana, y yo, tirada en la cama. De vez en cuando el sueño me vence, suspiro, mi mente vaga, hay un gran vacío en mi corazón. No tengo ganas de vivir, quiero dormir y no despertar.

28 de octubre de 2009

Me fastidiaban mis compañeras, siempre preguntando: "¿Ya estás acoplándote? Te vas a acostumar, ya lo verás". Salgo de la estancia y veo a mis compañeras ir y venir, saludar con una sonrisa forzada, una risa que más bien parece de fotografía. Mi compañera Bety va a visitarme a mi estancia, se sienta en mi cama y me platica. Su acento es diferente, ella es argentina, pero además se conduce como las chicas de la lbero. Me pregunta si estoy contenta, le contesto que no y no me interesa que a cada ratito me lo esté preguntando. Casi la corro, no quiero seguir hablando con ella, me choca, es una pesada muy falsa. Busco un lápiz y me pongo a escribir.

MI ÁNGEL, TE EXTRAÑO MUCHO

Tu nombre no debe pronunciarse.  
Moriré en la noche gris, oscura, densa.  
Mi corazón palpita hasta la locura,  
estallando en mil pedazos.  
Llena de dolor y de amargura,  
si tan solo te hubiera arrebatado un beso  
llenaría el vacío de mi locura.  
Muerta, sólo muerta dentro de mí.  
Muerta, sólo muerta dentro de ti.

29 de octubre de 2009

Sigo pensando en ti, no sé cuándo te volveré a ver, a escuchar, a sonreír; todo acabó en un momento. La vida es cruel, pero más crueles somos los seres humanos que lastimamos y herimos.

Te extraño mucho; hoy me la pasé encerrada todo el día. Corro la cortina, veo la luna y ahí estás como siempre, bella y callada.

30 de octubre de 2009

Son las diez de la mañana. Salgo a caminar. Miro el sol, el cielo, los árboles, y vuela mi imaginación; cierro los ojos y huelo las flores, escucho el canto de las aves y respiro el aire. En cambio, mi realidad es otra; veo los árboles con naranjas sin olor, agusanados, aguacates con plagas, olor a orines de gatos, gatos, muchos gatos, basura, internas lavando, alambrados con navajas en lo alto de las paredes, oigo gritos con palabras obscenas, y me digo: "¡Ésta es tu realidad!" ¡Me quiero largar de aquí!

31 de octubre de 2009

Me comuniqué a mi casa. Mis hijas vendrán a visitarme. Están preocupadas porque traté de suicidarme. Necesito hablar con alguien, estoy desesperada, no quiero hacer nada.

1 de noviembre de 2009

Hablé con la encargada de eventos y le propuse montar la obra Don Juan Tenorio Cómico Penitenciario. Dio luz verde al proyecto, así que traté de formar un grupo de teatro. También fue mi primera participación en la ofrenda de muertos en Sala de Visita con el director del Centro Escolar.

2 de noviembre de 2009

Tuve visita. ¡Al fin vinieron mis hijas a visitarme! Estoy contenta porque veo gente conocida con quien hablar de otra cosa que no sea de cárcel. Me siento, por un momento, importante para mi familia; creo que la onda de quererme morir ya no funciona. Todavía hay un largo camino que recorrer y mis hijos y nietos a quien amar.

3 de noviembre de 2009

Voy a apresurarme a formar un grupo de teatro. No sé cómo empezar, no hay muchas internas de donde escoger; esto está patas arriba, no hay disciplina ni organización, cada quien jala pa' su santo. ¡Estoy desesperada!

4 de noviembre de 2009

Emilia, Bety, Soledad y Miriam son las candidatas perfectas para la obra. Ahora hay que echarla a andar, buscar la música, efectos, etc. Hoy fue el primer ensayo; hubo de todo, enojos, gritos, llanto. ¡Creo que no va a ser tan fácil!

5 de noviembre de 2009

Estuve en la oficina de Eventos culturales con la maestra Chela, que es la encargada. Me leyó la cartilla y enfáticamente me dijo: "Aquí no es Santa Martha, es Tepepan, y las cosas son diferentes. A las internas de teatro las escogemos nosotras". Con esto cerraban mis ganas de trabajar. El reglamento marca que las autoridades deben apoyarnos en lo relativo a las destrezas y habilidades que tengamos para una mejor readaptación, pero eso aquí no funciona.

6 de noviembre de 2009

Mis lágrimas siguen brotando a todas horas; todos los días estoy en mi cama pensando en ti.

INFINITO

Miro el universo y viajo en el espacio  
cabalgando sobre tu cuerpo denso  
como un ángel traspasando tus entrañas  
tu dentro de mí, yo dentro de ti.

Morir bajo tu cuerpo denso  
y beber con embeleso  
todo el néctar de tu dulce boca,  
gota a gota la miel que derramas,  
cada lágrima que de tus ojos brota.

Te amo con locura desmedida,  
la noche que es mía,  
la noche que es tuya,  
o acaso estoy ya muerta,  
quisiera estar bajo tu cuerpo denso.

Sí, muerta sería el fin de mi locura,  
bendita locura,  
con gusto llegaré a mi sepultura,  
deseando tu boca,  
deseando tu cuerpo,  
deseando tu sexo,  
deseando tu alma.  
Estoy muerta, bajo tu cuerpo denso.

Te he amado desde siempre.  
no sé en cuál vida, ni en qué tiempo,  
conozco tu alma, tu mirada me lo dice.  
Estoy atrapada entre tus alas.  
¿Volveré a encontrarte en otra vida?  
¡No lo sé! Ahora sólo soy  
la mariposa de las alas rotas.

Dios, dame otras alas y otro corazón,  
cambia mi destino.  
¡Llévame contigo! ¡Por favor, te lo pido!  
¡Borra de mi mente este loco amor!  
¡Dame la muerte!  
Por Dios te pido perdón.

Para dormir, leo la Biblia, me pongo la pijama, destiendo mi cama, acomodo las almohadas, me desmaquillo, cepillo mi cabello, me lavo los dientes, prendo la TV, reviso mis pies, les doy un pequeño masaje, y corro las cortinas no sin antes ver la luna y las estrellas. La luna me transmite esa energía, esa frescura; siento el aire sobre mi cara. Volteo y ahí está Angie y su ángel, y en la otra estoy yo. Hablo con ellas. Algunas veces lloro y otras me da mucha alegría; me gusta que la luna me alumbre sobre mi cama. Me dispongo a dormir.

Me levanto a las cinco y media de la mañana, llevo mis productos de baño y mi toalla. Me gusta que el agua caiga sobre mi cuerpo, me deleito al sentirla caer como si fueran caricias de alguien muy especial. Disfruto tocar mi cuerpo, me doy un masaje con mi cepillo, dejo caer el agua en mi cara, lavo mis pies dedo por dedo y cepillo cada uña. Me seco y froto fuertemente con la toalla todo mi cuerpo, lo consiento y apapacho, y gozo recordando a la persona amada.

### ¿DE QUÉ TENEMOS QUE PEDIR PERDÓN?

- ¿De qué tenemos que pedir perdón?
- ¿De qué nos van a perdonar?
- ¿De no morirnos de hambre?
- ¿De no callarnos en nuestra miseria?
- ¿De no haber aceptado humildemente la gigantesca carga histórica de desprecio y abandono?
- ¿De habernos levantado en armas cuando encontramos todos los otros caminos cerrados?
- ¿De no habernos atendido al Código Penal de Chiapas? El más absurdo y represivo del que se tenga memoria.
- ¿De haber demostrado al resto del país y al mundo entero que la dignidad humana vive aún y está en sus habitantes más empobrecidos?
- ¿De habernos preparado bien y a conciencia antes de iniciar?
- ¿De haber llevado fusiles al combate, en lugar de arcos y flechas?
- ¿De haber aprendido a pelear antes de hacerlo?
- ¿De ser mexicanos todos?
- ¿De ser mayoritariamente indígenas?
- ¿De llamar al pueblo mexicano todo a luchar, de todas las formas posibles, por lo que les pertenece?
- ¿De luchar por libertad, democracia y justicia?
- ¿De no seguir los patrones de las guerrillas anteriores?
- ¿De no rendirnos?
- ¿De no vendernos?
- ¿De no traicionarnos?
- ¿Quién tiene que pedir perdón y quién puede otorgarlo?
- ¿Los que durante años y años se sentaron ante una mesa llena y se saciaron mientras con nosotros se sentaba la muerte tan cotidiana, tan nuestra que acabamos por dejar de tenerle miedo?
- ¿Los que nos llenaron las bolsas y el alma de declaraciones y promesas?

[...]

¿Quién tiene que pedir perdón y quién puede otorgarlo?  
 ¿El presidente de la República?  
 ¿Los secretarios de Estado?  
 ¿Los senadores? ¿Los diputados? ¿Los gobernadores?  
 ¿Los presidentes municipales? ¿Los policías? ¿El ejército federal?  
 ¿Los grandes señores de la banca, la industria, el comercio y la tierra?  
 ¿Los partidos políticos? ¿Los intelectuales? ¿Los medios de comunicación?  
 ¿Los estudiantes? ¿Los maestros? ¿Los colonos?  
 ¿Los obreros? ¿Los campesinos? ¿Los indígenas? ¿Los muertos de muerte inútil?  
 ¿Quién tiene que pedir perdón y quién puede otorgarlo?

Subcomandante Marcos

## 8. Una visita inesperada

Según las autoridades, en las cárceles suceden cosas y casos increíbles relacionados con la delincuencia, pero nunca se toman la molestia de sacar las notas positivas; sólo se ahonda en lo negativo. Detrás de las rejas suceden cosas extraordinarias, hay otro mundo que la sociedad desconoce. Las personas que llegan a la cárcel quedan marcadas para siempre. El siguiente relato se basa en un hecho muy significativo en mi vida que me hizo creer en “el más allá”, en lo desconocido, y cerciorarme de que existe un infinito donde habita algo o alguien más.

Esto parecería una historia de ciencia ficción, pero créanme, fue verídico, real y, además, pasó en la cárcel. Del día exacto no me acuerdo, pero sí del mes: octubre de 2008. El día transcurrió normal; eran las cinco de la tarde cuando comencé el ensayo de la puesta en escena de *Cats*. La directora había dado instrucciones a Jefatura de Seguridad y Custodia para que se nos diera permiso hasta las nueve y treinta de la noche. Las participantes en el ensayo pertenecían al grupo de teatro que yo dirigía, el Turquesa, y

como ya se acercaba la fecha para la presentación, nos quedamos a ensayar Sara, Sandra, Belem y yo. Sara había ido a pasar lista al dormitorio y, cuando regresaba, desde la entrada a la Sala de Visita llegó gritando asustadísima: “¡Teresa! ¡Mira! ¿Qué ves allá arriba?” Volteé al cielo y vi una enorme bola de fuego, entonces contesté:

—Ha de ser el sol, ya ves que luego en la noche se ve rojo.

—¡No, pendeja! ¡Es una bruja!

—¿Una qué?

—¡Bájate del auditorio y acércate acá conmigo!

Bajé del auditorio junto con Sandra y Belem, nos paramos enfrente del caracol (la escalera de salida) y las cuatro nos quedamos paradas viendo que la bola roja no se movía. Pero cuando señalamos con la mano hacia el lugar donde se encontraba, ésta se movió con una velocidad vertiginosa y se paró exactamente sobre nuestras cabezas. Era enorme y tenía un color rojo que nunca había visto y no olvidaré. Sara reaccionó primero y me dijo:

—¡Teresa, Teresa! Voltea y dime que no es verdad lo que está arriba de nosotras.

—¡Voltea tú, pendeja! Yo no me puedo mover.

No sé cuántos minutos permanecemos bajo aquel objeto, pero casi me orino del miedo que tenía, estábamos pegadas al piso. Sara volvió a insistir:

—Oye, pendeja, dime qué es.

—No lo sé, pero no puedo moverme.

El objeto seguía arriba de nosotras, como si nos estuviera vigilando u observando. Estábamos completamente solas a merced de algo extraño. Sudaba y mis piernas y mi cuerpo temblaban, y no era por el frío precisamente. Sandra y Belem ni siquiera hablaban, estaban atónitas, mudas. “¡Pendeja! Dime qué es”, volvió a insistir Sara.

Como pude, únicamente moví los ojos hacia arriba y miré esa bola enorme de fuego, pero también vi algo ovalado. Se oía mucho

ruido, como si hubiera muchas tuercas y tornillos dentro de algo. No tenía más luz que la de abajo; no me acuerdo del tamaño del objeto, pero sí de que tenía los dientes pegados y de que el sudor recorría mi cuerpo. En ese momento pensé: “Ay, ¿si nos llevan? ¿Cómo serán? A lo mejor vienen por nosotras. ¿Será mejor irnos o quedarnos?” De pronto, el objeto se movió a la misma velocidad con la que apareció y se perdió entre los edificios de los dormitorios del Penal Femenil de Santa Martha Acatitla. Hasta ese momento pudimos movernos y nos echamos a correr. En el camino me encontré con la directora del penal y su chofer y le dije:

—Licenciada, acabamos de ver un platillo volador en la Sala de Visita.

—Ay, Tere —me contestó—. Ya están muy cansadas, vayan a descansar.

—Créame, licenciada, fue de verdad —volví a insistirle.

Sonriendo se despidió de nosotras. Las cuatro regresamos a nuestros dormitorios, ninguna nos atrevimos a comentar algo. Sandra y Belem se quedaron en el segundo nivel, y Sara y yo subimos al tercer nivel del Dormitorio G. Antes de despedirnos le pregunté a Sara:

—¿Y si le hablamos a Maussan?

—¡Órale, pendejita! ¿Quieres que nos tachen de locas? ¡No nos van a creer! Nadie tomó fotos, ya duérmete.

Entré a mi estancia y corrí a la zotehuela a mirar por los agujeros que daban hacia la Sala de Visita para ver si volvía a aparecer, pero ya no regresó. No pude dormir; pensaba en lo maravilloso que había sido poder ver un ovni en la cárcel, y que Jaime Maussan no se había enterado de que en Santa Martha Acatitla apareció uno.

Al día siguiente, todavía incrédula y con incertidumbre, saludaba a los custodios en espera de que me dijeran si ellos también lo habían visto, pero no, nadie. Fue hasta más tarde cuando empleados del penal platicaban del suceso. Yo me dije: “Qué afortunada soy, ahora conozco un ovni de a de veras”.

## 9. Metamorfosis

Hoy, 1 de abril de 2009, se abrió nuevamente mi corazón dejando salir mis emociones reprimidas durante largos catorce años. Después de haber conocido a tantos hombres y de haber fracasado en el amor, por primera vez mi corazón latió tan fuerte que sentí que se me salía del pecho. Un sudor recorrió mi cuerpo y despertó mis sentidos, la sangre de mis venas ahora corre rápidamente, hay una alegría que me da nueva vida; ahora existe alguien que originó todo esto.

Hoy, como en los cuentos de hadas, llegó mi Ángel; después de tanto tiempo nos volvimos a encontrar. Cómo y cuándo se dio esta atracción, no lo sé, pero al verlo sentí algo indescriptible. Al escucharlo pronunciar mi nombre sentí como un fuerte golpe en la cabeza, salté de la silla donde estaba sentada y me dio un abrazo que nunca olvidaré. Esa voz, su sonrisa su cara alegre al verme y sus brazos estrechándome fuertemente; nunca me hubiera imaginado que existía una química tan fuerte, tal parecía que éramos dos almas gemelas que esperaban el momento más oportuno para encontrarse.

A partir de ese día todo cambió. Todas las mañanas esperaba con ansiedad que el reloj marcara las siete para salir apresuradamente a trabajar, como lo hacía desde mi traslado del Centro Femenil Oriente al Centro de Readaptación Social de Santa Martha Acatitla. Mi trabajo consistía en la limpieza del penal, para ello estaban a mi cargo brigadas de limpieza formadas por las compañeras internas.

Todos los días me cruzaba con el personal de seguridad, empleados, funcionarios, médicos y enfermeras; me daban un saludo muy amable e incluso intercambiábamos algunas palabras que me hacían sentir que no estaba presa; las atenciones eran constantes, desde el que me regalaba un pan hasta el que me daba una flor; mi ángel siempre estaba ahí, trabajando.



Cuando llegaba a trabajar a Jefatura era muy reconfortante para mí, siempre me recibían con un buen saludo y una sonrisa; aunque estaba en la cárcel, no me sentía dentro. Las horas, los días, los años se pasan rápidamente. Hay que encontrarle sabor a la vida. Siempre he dicho que no importa el lugar donde uno se encuentre, siempre hay que hacer cosas positivas. La cárcel la hace uno mismo, así que siempre había hecho lo que a mí me gustaba y las personas que estaban a mi alrededor me tenían cierta estima aunque fuera una interna. Cada día, el saludo de mi Ángel me inyectaba una nueva luz. Al fin había encontrado, después de tantos años, quien me escuchara, me diera un consejo, su amistad y cariño; mes con mes iba creciendo algo dentro de mí, hasta que descubrí que aquello tan fuerte que sentía era amor.

Yo misma estaba desconcertada. ¿Cómo era posible que a mi edad pudiera enamorarme? Pero había sucedido; mi ángel estaba en mis sueños, en mi piel, me hacía experimentar esa sensación tan dulce donde tiembla el cuerpo, se agita el aliento y el corazón parece salirse. Había una luz tan especial en mis ojos, mi mirada, que no pasó inadvertida para nadie, hasta la directora me preguntó qué era lo que me pasaba. Estaba muy cambiada, había bajado casi diez kilos, y vaya que se me notaba. Mis compañeras, curiosamente, me preguntaban qué me había hecho; había rejuvenecido de la noche a la mañana.

Nació en mí el deseo de pintar, de bailar, de hacer teatro, de escribir mi amor, volcarlo en poemas. Cada noche, cada día, a todas horas estaba mi pensamiento en ese ángel que había llegado a mi vida; nunca nadie había causado tanto alboroto en mí. Era imposible, no podía ser, no podía enamorarme de mi ángel. Aunque luchaba una y otra vez, no lo pude sacar de mi corazón. No nos hacíamos ningún comentario, sólo miradas muy profundas. Cuando tocaba sus manos, mis manos temblaban, y cuando toqué su cara y su cuerpo, sentí un desbordamiento de pasión que tuve que contener. Todavía recuerdo cuando toqué su espalda desnuda

tan blanca como la nieve; yo sudaba copiosamente mojando su espalda, tuve el deseo de decirle lo que sentía, pero se quedó dormida y no pude hacerlo. Ella ha sufrido tanto como yo.

Tiene tres hijos y hace poco tiempo tuvo una noticia que cambiaría su vida; le diagnosticaron cáncer. La noticia fue devastadora porque la palabra cáncer significa muerte. Pero no se dejó vencer, luchó para salir adelante, tiene muchas ganas de vivir y ahora aprecia la vida. También tuvo tropiezos, desengaños, desamores; su vida se parece mucho a la mía, a lo mejor por eso nos llevamos tan bien. Dicen que tiene un carácter fuerte, que es prepotente, ególatra, altanera, pero conmigo ha sido todo lo contrario; hemos llorado juntas, así como hemos estado alegres, con la mirada nos decimos todo.

Dicen que el alma de las personas se ve a través de los ojos; no se necesitan las palabras para decir "te quiero". Todo parecía transcurrir normalmente, hasta el día de mi traslado al Centro de Readaptación Social de Tepepan, el fatídico 21 de octubre de 2009. Nuestra despedida fue muy triste, hasta ese día se nos cortaron las palabras, solamente había llanto en nuestros ojos, temblor en nuestros cuerpos y ese abrazo que nunca olvidaré. Sus brazos me estrecharon tan fuerte que sentía el latir de su corazón, pero, como un soldadito de plomo, me retiró con fuerza.

Me quedé con sus palabras en mi corazón y, a partir de ese día, todas las noches pienso en mi ángel. Veo la luna y las estrellas y a una de ellas le puse Ángel. Todas las noches está ahí en el cielo, vigilante; ahí está mi Ángel inalcanzable. Escribo poemas, pinto, lloro, sueño y mi almohada es el paño que limpia mis lágrimas, y mi corazón sufre por la distancia. No sé si volveré a verlo, pero algún día sabrá que me enamoré perdidamente de él, sin importarme que fuera alguien de mi mismo sexo. Angie será por siempre alguien muy especial en mi vida y mis recuerdos; la amaré por siempre.

Cuando llegué por primera vez al Reclusorio Femenil Oriente, mi ángel fue la primer imagen agradable, la que me dio la mano

y me apoyó; cuando ocurrió la muerte de mi padre, me consoló y me dio palabras de alivio, y cuando me llamaba, me decía "Tere".

## LUNA

En la noche bañada por la luna  
sus rayos penetraron en mi cuerpo  
quisiera oler la fresca fragancia  
así como recuerdo la fragancia que de ti emana.

Mis lágrimas mojan mi solitaria almohada  
así se moja mi pobre corazón abandonado  
qué diera yo por tenerte aquí entre mis brazos  
acariciando tu cuerpo blanco como el de un ángel.

Compararía tu piel con lo blanco de la luna  
compararía tu piel con lo blanco de mi piel  
compararía tu piel con lo blanco de mi lecho  
compararía tu piel con lo blanco de tu alma.

En la noche bañada por la luna  
siento la frescura de tus labios.

¡Oh! Yo siento con mi luna cada noche  
que estás tú, ahí, plasmada.  
Cierro los ojos y me transporto  
y te acaricio y te tomo de la mano,  
juntas caminando sobre esas nubes  
blancas nubes que a la luna tapan.

En la noche bañada por la luna  
a través de mi ventana yo te veo  
como un rayo de luz penetras en mi alma

cual dulce ángel del que yo me enamoré,  
la única que comprende mis errores.

La luna, siempre callada,  
sabedora de secretos y de sueños  
testigo fiel de mis deseos,  
sublime y guardián de mis amores.

Cubres con tu manto blanco  
todo el dolor que de mí emana  
celosa, reservada, cuidas mi alma,  
en la que guardo celosamente mis secretos.  
Solamente una perla se compara  
con la belleza blanca de tu alma.

La luna  
bella, majestuosa  
a tu alcance, pero sin poder tocar  
un mundo lleno de fantasía  
blanca, pura, virgen.  
Su blancura transmite frescura,  
esa frescura como el nacer de un nuevo día,  
esa frescura como tu primer sonrisa  
o tu primer beso  
la amiga única que guarda todos mis secretos.  
Me ha visto llorar, me ha visto amar, me ha visto reír,  
celosamente vigila cada uno de mis pasos.

Luna, mi amiga luna,  
eres mi confidente, quizá la más honesta  
imperante, altiva como una reina.  
Eres mi ángel protector sin condición.  
Cubre mi cuerpo con tu blanco resplandor,  
amante fiel de muchos poetas,  
símbolo callado del amor,  
imagen perfecta del escultor.

Desde mi lecho cada noche te busco,  
te has convertido en algo inseparable,  
me miras y con tu velo acariciando mi rostro,  
duermo en tus brazos  
gélidos, tiernos como el dueño de la muerte.

Luna, mi hermosa luna,  
juguetona y traviesa  
compañera de mis sueños y quimeras  
la única amiga que sabe de mis amores.

De esos labios que te dio Dios,  
para besarlos,  
de esos tus encantos que te dio Dios,  
para desearlos.

En la noche bañada por la luna  
la miro a través de mi ventana  
y mi cuerpo tendido sobre mi cama  
me hace pensar en ti,  
acariciar mi dulce sueño sobre mi almohada.

En la noche bañada por la luna  
la miro y siento la distancia,  
qué diera yo por alcanzarla  
qué diera yo por estar a tu lado  
y esos rayos juntas por fin nos alcanzaran.

Teresa

El calor de tu cuerpo  
La alegría en tus ojos  
Tus labios sedientos de un beso

Tus manos tiernas acariciables  
Y esa voz sensual que no olvidaré

Ni la distancia  
Borraré aquellos días felices  
Quizás los más felices de mi vida  
Tus jugueteos  
Tus coqueteos

Eres mi musa  
Eres mi refugio de amor  
Eres mi arte, mi vida  
Ángel te llamé  
Porque eres visible e invisible

Eres el pecado y el amor  
Eres mi ángel y demonio  
Eres lo prohibido  
Eres el deseo del pecado  
Eres el desorden de mis sentidos

Aún siento tu cuerpo  
Blanco, tibio entre mis manos  
Tu piel suave como terciopelo  
Tus ojos cerrados sintiendo  
El toque de mis manos

Eres quien me quita el sueño  
Eres quien me acompaña por las noches  
Susurro tu nombre  
Una y otra vez  
¡Estoy loca!

Eres el deseo vivo de mis emociones  
Eres el sueño erótico

Eres el aroma de mi lecho  
Eres mis noches  
Eres mi día

Te hubiera robado un beso  
No me atreví  
Mas te robé una sonrisa  
Y de tus ojos una lágrima

Cada noche te dibujo  
Y veo la luna y una estrella  
Ella se llama Ángel  
Intocable, inalcanzable  
Pero fija con su luz que nunca se acaba

Así eres tú. Eres mi luz  
Eres mi deseo de vivir  
Eres lo que más amo  
Eres mi secreto

Ese secreto que esconde lo más profundo  
Esas caricias prohibidas

Esa lujuria pecaminosa  
Esa fuga a lo desconocido  
Esa pasión incontrolable

Eres cada latido de mi corazón  
Eres el orgasmo fugaz de mi sueño  
Eres el perfume de mis deseos  
Eres la miel que moja mi cuerpo  
Eres mi Ángel.

Teresa Chávez

Artifex vitae, artifex sui.

EN PAZ

Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, vida  
porque nunca me diste ni esperanza fallida,  
ni trabajos injustos, ni pena inmerecida;

porque veo al final de mi rudo camino,  
que yo fui el arquitecto de mi propio destino;  
que si extraje la miel o la hiel de las cosas,

fue porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas:  
cuando planté rosales, coseché siempre rosas.

... Cierto, a mis lozanías va a seguir el invierno:  
¡mas tú no me dijiste que mayo fuese eterno!

Hallé sin duda largas las noches de mis penas;  
mas no me prometiste tan sólo noches buenas;  
y en cambio tuve otras santamente serenas...

Amé, fui amado, el sol acarició mi faz.  
¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!

Amado Nervo

Centro Femenil de Readaptación Social Tepepan  
México, Distrito Federal